8824

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
MANUEL DE L'HOTELLERIE

¡POR JUGAR CON EL AMOR!

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

Estrenada en el teatro de Fuencarral, de Madrid,
el 3 de enero de 1920

MADRID
1920

19

¡POR JUGAR CON EL AMOR!

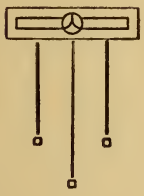
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
MANUEL DE L'HOTELLERIE

¡POR JUGAR CON EL AMOR!

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

Estrenada en el teatro de Fuencarral, de Madrid,
el 3 de enero de 1920



MADRID
1920

MADRID.—Imp. Clásica Española. Glorieta de Chamberí.—Tel. J. 430.

A ELVIRA PACHECO Y A EMILIO PORTES

DISTINGUIDÍSIMOS ARTISTAS

QUE HAN CONTRIBUÍDO CON SU EXCELENTE LABOR

ESCÉNICA AL GRAN ÉXITO DE ESTA OBRA

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LAURA (19 años).....	ELVIRA PACHECO.
LUISA (22 años).....	FRATERNIDAD LOMBERA.
NENA (15 años).....	CARMEN ALCALÁ.
DOÑA AMPARO (50 años)....	ELVIRA PARDO.
LA MARQUESA (40 años)....	ÁNGELA CANTOS.
PEDRO (26 años).....	IGNACIO VALERO.
EL TÍO GAÑOTE (60 años)..	MENANDRO CARMONA.
RIBAZO (25 años).....	EMILIO PORTES.
EL MARQUÉS (54 años).....	VICTOR PASTOR.
MOSÉN TOMÁS (64 años).....	MANUEL MÉNDEZ.
JULIO (23 años).....	PEDRÒ ABAD.
MARIANO (30 años).....	JUAN DÍEZ.

Gente del pueblo.

La acción de los actos primero y segundo, en Aragón. La del tercero, en Madrid. Época actual.

673334

ACTO PRIMERO

La escena representa la explanada de una torre próxima a un pueblecito de Aragón. Al foro, una verja, y en su centro, puerta también de verja. Detrás, camino a la derecha que conduce al pueblo, y a la izquierda, camino que conduce a propiedades de la torre. El último fondo, telón de campo. A la derecha, primer término, fachadita con puerta de la casa del administrador. Segundo término, salida abierta a la huerta. Izquierda, primer término, fachada con puerta que da paso al hotel del marqués. Segundo término, salida abierta al jardín. En el primer término de la derecha, un asiento rústico En el primer término de la izquierda, cuatro sillas de jardín.

Es en verano, por la mañana.

Al levantarse el telón, aparece Nena, saltando a la comba, junto a la puerta de la derecha. Viste decentita, con falda corta a mitad de la pantorrilla. Sentado en el rústico asiento, aparece Ribazo con una guitarra en las manos, entusiasmado viendo saltar a Nena. Pedro aparece arreglando unas plantas y cantando una jota. En el fondo, Luisa y dos chicas del pueblo retozando.

Derecha e izquierda, las del actor.

PEDRO. *Cantando no muy fuerte:*

Tras de mucho padecer,
muere un hombre de dolor,
y es la causa una mujer
por jugar con el amor.

A Ribazo, al ver que no le acompaña con la guitarra.—Pero, oye, tú, Ribazo, ¿acompañas u no?

Ribazo no contesta, distraído con ver saltar a Nena. Pedro avanza, se acerca a Ribazo, le empuja en el hombro y le dice:

PEDRO. Amos, qu'eres siempre igual. Te manda el padre a trebajar, y t'agarras a la bota u a la guitarra. Te manda algo el amo, y t'estás charrando con las chicas. Siempre sacas raja...

RIBAZO. *Muy abrutado.* Yo estoy a la que salta. *Mirando a Nena.*

PEDRO. Amos, sí, ya t'entiendo. Oye tú, Nena.

NENA. *Dejando de saltar.* ¿Qué quieres?

PEDRO. No te fíes de mi hermanico.

NENA. ¿Por qué?

PEDRO. Porque está a la que salta.

NENA. No le hago caso.

LUISA. *Dejando su juego.* Vaya, ¡milagro que dejabais a la Nena en paz!

RIBAZO. ¿Tiés invidia u qué?

LUISA. ¿Yo, envidia? ¡Eso quisieras tú!

RIBAZO. Ya sabes que yo te soy lial.

LUISA. Vamos, Nena, que es hora y la señora regresará de misa. Hasta luego.

PEDRO. Adios, Nena.

NENA. Adios, Pedro.

RIBAZO. *A Luisa.* Adios, creposculo.

Vanse por el foro derecha Luisa, Nena y las dos muchachas.

PEDRO. *A Ribazo, que no ha dejado la guitarra.* Pero oye, tú, ¿cuándo vas a rematal de aprendel la jota?

RIBAZO. Cuando arremate.

PEDRO. Paice mentira que seas maño y no sepas bien la jotica.

RIBAZO. Si ya la sé, mira.

Pone los dedos en los trastes, sin orden, y da un rasgueado en las cuerdas, resultando un acorde muy desagradable.

PEDRO. ¡Ridiós, chico, qué acuerde más des-

templau! Pero, animal, ¿no sabes que no se ponen ansina los dedos? Mira, el dedico pequeño se pone en la prima. ¿No has puesto nunca los dedos en ninguna prima?... Estotro en la segunda. *Se lo pone.* Estotro... no, hombre, así; pero no quites éste... Ahora pon el otro...

RIBAZO. *Muy quemado y quitando los dedos.* ¿Sabes, Pedro, lo que te igo? Pus q'uel estrumento es mío, y pongo los dedos ande ma da la gana.

PEDRO. Güeno, chico, güeno.

Aparece el tío Gañote por la puerta de la derecha.

EL TÍO GAÑOTE. ¿C'haces aquí, Ribazo?

RIBAZO. Ya vusté, padre; hiciendo que n'uhago nada.

EL TÍO GAÑOTE. Ya lo veo, ya. Más te valía dar güelta por l'aira.

RIBAZO. Dempués; en que s'arremate el calol. Ahura me voy a la higuera.

Vase Ribazo por derecha segunda como estudiando la guitarra.

EL TÍO GAÑOTE. Y tú, Pedro, date prisica.

PEDRO. No puedo más, padre. Dende q'ha venío el amo too anda regüelto. No paramos de mudal chirimbolos.

EL TÍO GAÑOTE. ¿No ves que, como está tan triste, too le paice mal?

PEDRO. La verdad, padre, es quel amo no paice el mesmo. Yo l'hi visto lloral.

EL TÍO GAÑOTE. Hijo, mótivos tiene.

PEDRO. ¡Qué perras son dargunas mujeres! ¡Mire usté que dejar a un siñor tan güeno pol ise con otro!...

EL TÍO GAÑOTE. Calla, quesas cosas no nos importan.

PEDRO. Pero da mucha rabia ver penar a un hombre güeno y cabal por una..., por una...

EL TÍO GAÑOTE. Es verdá; y más coléra me da a mí, que m'hi criau con el amo, como dos hermanicos.

PEDRO. No sé qué tienen dargunas mujeres pa atontolinal a los hombres.

EL TIO GAÑOTE. Y yo no sé lo que tienen dargunos hombres pa no sabel matal a dargunas mujeres.

PEDRO. Eso digo yo; ¿salen perras?, ¿juegan con el querer?... Pus a pudril tierra y juera mal tiempo. ¡A mí podían venime con galandangas!... Lo mejol es no ponel el cariño en denguna.

EL TÍO GAÑOTE. Dios sabe lo que pué ocurrite el día que te enceroles con darguna. Eres mu chicuelo, Pedro.

PEDRO. Güeno, güeno. Me voy a rematal las parras de la huerta. Luego güelvo.

Vase por izquierda segunda cantando.

«Ya me toca dil soldado...»

EL TÍO GAÑOTE. ¡Es un infelís!

Aparece Mosén Tomás, foro derecha. Viste gorro, balandrán y bastón.

MOSÉN TOMÁS. Buenos días, Gañote.

EL TÍO GAÑOTE. Mu güenos, mosén Tomás.

MOSÉN TOMÁS. *Sentándose.* ¿Se ha levantado el señor marqués?

EL TÍO GAÑOTE. ¡Anda, pus n'uhace poco rato!

MOSÉN TOMÁS. Me citó para las nueve y ya son.

EL TÍO GAÑOTE. Pus él acudirá. Cogió l'ascopeta y se jué como toos los días, iciendo que no tardaría.

MOSÉN TOMÁS. Esperaré. ¿Y tus hijos?

EL TÍO GAÑOTE. Pedro, en las parras, y Ribazo, comiendo higos. El mejor día rivienta.

MOSÉN TOMÁS. Abusa de su naturaleza y de su edad.

EL TÍO GAÑOTE. Es mu animal pa la fruta.

Aparece Ribazo por donde se fué; sale comiendo higos.

RIBAZO. Ave María.

MOSÉN TOMÁS. Concebida sin pecado.

RIBAZO. ¿Quie usté un higo, mosén Tomás?

MOSÉN TOMÁS. Gracias, no me llenan.

RIBAZO. Comerá usté poquicos. A mí no me llenan hasta los tres kilicos.

MOSÉN TOMÁS. Digo que me hacen poca gracia.

RIBAZO. Claro, si no les hace usté caso, ¿cómo l'han d'hacel ellos gracia? *Ríe.*

MOSÉN TOMÁS. Este Ribazo, siempre tan alegre.

RIBAZO. Siempre contento.

MOSÉN TOMÁS. ¿Y después de los higos bebes agua?

RIBAZO. ¡Agua! ¿Pa qué? A más que le tengo mucha ojeriza. Cómo en la carretera por no vel la tenaja e la cocina. Mando que me rieguen la remolacha pol no tocal yo l'agua. Hasta cuando llueve, me tumbo en la pajera pol no vel llovel...

MOSÉN TOMÁS. Sí que es enemistad la que tienes con el precioso líquido.

RIBAZO. ¡Precioso líquido! ¿Pus por qué en la misa ichan ustés su güen chaparracico de vino y sólo una gotica d'agua?

EL TÍO GAÑOTE. ¡Mire usté el gurrión!...

MOSÉN TOMÁS. ¡Es mucho Ribazo éste! Y qué, ¿ya tienes novia?

RIBAZO. Una miaja d'apaño; sí, siñol.

MOSÉN TOMÁS. ¡Hola, hola! ¿Y quién es ella?

RIBAZO. Eso, pa mí solico.

MOSÉN TOMÁS. Hombre, creo que a mí puedes decírmelo.

RIBAZO. ¿Qui'usté que le cuente un cuentico?

MOSÉN TOMÁS. Bueno, lo que quieras.

RIBAZO. Pus jué un chico a confesase y le dijo al cura que tenía un nido de perdís. El cura le preguntó que en dónde lo tenía, y el chico le dijo: pus en los juncos de la noria. Pol la tarde jué el chico a dar güerta por el nido y supo quel cura se lo había llevau. Pasó tiempo, y el chico, ya mozo, s'iba a casal y jué a confesal con el mesmo cura; y cuando le preguntó el cura que quién era la novia, le contestó el mozo: siñor cura, que no me s'ha olvidau lo del nido. Conque aprenda usté.

MOSÉN TOMÁS. ¡Caramba! Eso ya...

EL TÍO GAÑOTE. *Viendo llegar al marqués por la izquierda del foro.* Aquí está el amo.

Se levanta Mosén y aparece el Marqués, que entrega la escopeta a Gañote.

EL MARQUÉS. Perdone usted, mosén Tomás, que le haya hecho esperar.

MOSÉN TOMÁS. De nada, señor marqués.

EL MARQUÉS. *A Gañote y Ribazo.* Vosotros dejadnos.

Entran en la casa derecha Gañote y Ribazo. El Marqués y Mosén se sientan.

Me dispensará usted que le moleste...

MOSÉN TOMÁS. Para todo el que me llama estoy siempre dispuesto; y más para usted, a quien debo tantas atenciones.

EL MARQUÉS. Mosén Tomás, necesito los consejos de su experiencia.

MOSÉN TOMÁS. ¿Qué le sucede?

EL MARQUÉS. Que mi vida es un martirio. Mi mujer no me quiere. Se casó conmigo tal vez por interés, y yo, enamorado, me precipité, caí...

MOSÉN TOMÁS. Y paga usted las consecuencias. Pero todo tiene fin en la vida.

EL MARQUÉS. No, mosén Tomás; podría tenerlo si yo no adorase a mi mujer como la adoro. No comprendo este cariño. Cuantas más ligerezas comete, la quiero más. Pienso en su conducta y acaricio con afán el arma que está al alcance de mi mano..., no sé si para quitarme yo la vida o para quitársela a ella; y cuando miro el cañón de la pistola o la punta del cuchillo, la imagen de mi mujer se me presenta y arrojo el arma, y contemplo la visión con entusiasmo, y el odio fiero que nubló mi vista se convierte en abundante llanto, que no sé si es de amarga pena por el bien perdido, de satisfacción por no matar o de esperanza en un sueño que no puede realizarse.

MOSÉN TOMÁS. Es usted un héroe de su deber y un mártir de su amor. No debe usted afligirse; al contrario, hijo mío, debe usted estar orgulloso de su conducta, única que puede atraer a su esposa a la senda del deber, si es que a él ha faltado.

EL MARQUÉS. Pero es que a mi amor vehemente no corresponde ni con una simple caricia, de esas caricias que tal vez reparta manchando mi nombre. Si obrase yo como ella...

MOSÉN TOMÁS. Sería usted tan infame como la marquesa. Si usted pagase su desvío con igual conducta, cuando ella se enterase vería en usted un hombre despreciable y se alejaría más de usted.

EL MARQUÉS. Es verdad.

MOSÉN TOMÁS. No vería lo que ella hace; porque no vemos nunca nuestros defectos; vería lo que hacía usted y le odiaría para siempre, y le criticarían todos.

EL MARQUÉS. ¡Triste situación! En fin, seguiré mi calvario; sufriré hasta que no pueda más.

MOSÉN TOMÁS. Así alcanzará usted el triunfo. Y el día que la señora marquesa le necesite, encontrará el amor que despreció, guardado en el relicario de oro de un esposo digno y honrado.

EL MARQUÉS. Me han fortalecido sus palabras. Así lo haré.

MOSÉN TOMÁS. Además, todavía no es grave la situación.

EL MARQUÉS. No creo que lo sea. La marquesa no puede disimular el grato efecto que los hombres le causan... aunque siempre se ha reprimido y me ha respetado.

MOSÉN TOMÁS. La presencia de su hija ha de contener mucho a la marquesa, caso de que la idea de una acción innoble se fijara en su mente.

EL MARQUÉS. ¡Pobre hija mía! Es mi esperanza. Por eso no arranco a Laura del lado de su madre.

MOSÉN TOMÁS. Peligroso es para la señorita Laura lo que a su madre ve...

EL MARQUÉS. Laura, por desgracia, es tan caprichosa como su madre. Pero el que estén juntas, quizá evitará...

MOSÉN TOMÁS. *Levantándose.* Eso creo yo.

EL MARQUÉS. ¿Se va usted?... No deje de venir, mosén Tomás.

MOSÉN TOMÁS. Como todos los días.

EL MARQUÉS. Adiós, padre mío.

MOSÉN TOMÁS. A tener paciencia y a esperar en Dios.

Vase Mosén por el foro derecha. El marqués le acompaña y vuelve a primer término.

EL MARQUÉS. Misterios de la vida. Riquezas, honores... ¿Para qué? Ciertos designios del Señor son incomprensibles.

Entra despacio en el hotel, y, tras breve pausa, sale de la casita de la derecha tio Gañote, seguido de Ribazo. El primero llera en la mano un calzón, al cual está cosiendo un botón grande, y el segundo otro calzón, cosiéndole un trozo de tela desigual en el trasero.

EL TÍO GAÑOTE. Oye, Ribazo, ¿sabes tú cuántas güeltas se dan con el hilo pa'hincar un botón?

RIBAZO. A la madre (que en gloria esté) no la vi nunca dar güeltas cuando hincaba botones.

EL TÍO GAÑOTE. ¡Mira qu'eres burro! Te'igo güeltas con el hilo alrededor del botón.

RIBAZO. ¡Toma! Pus si el hilo está agundante, más, y, s'istá escasico, menos.

EL TÍO GAÑOTE. Pus, chico, m'has sacao de la duda. ¡Repaño, que así no poemos seguil! Aquí hace falta una mujel.

RIBAZO. En dargunas ocasiones más quel comel.

EL TÍO GAÑOTE. No sé por qué son tan necesarias.

RIBAZO. Padre, debíamos casanos los dos.

EL TÍO GAÑOTE. ¿Dos mujeres aquí?

RIBAZO. Ahura, si pudiéramos remedianos con una... me casaba yo solo.

EL TÍO GAÑOTE. Eres más cerril que un adobe.

RIBAZO. Pus, aun siendo tan bestia como soy, no farta alguna a quien l'haga gracia.

EL TÍO GAÑOTE. ¿Y quién es esa corta e vista?

RIBAZO. La doncella de doña Amparo.

EL TIO GAÑOTE. Cuál, ¿la pequeña?

RIBAZO. La grande.

Todo este diálogo cosiendo sentados, pasando mil apuros al coser.

EL TÍO GAÑOTE. No es maleja; pero me pai, maño, que se guasea de tú.

RIBAZO. No lo crea usté. Me quie mucho. Anoche mesmamente me dijo: «Oye, Ribazo...» *Figura que se pincha con la aguja.* Ya mi punchau. *Se chupa el dedo, y Gañote, que no mira, entretenido en su cosido, creyendo que Ribazo se refiere a la novia, dice con naturalidad:*

EL TÍO GAÑOTE. ¿Y ande se punchó?

RIBAZO. Que mí punchau yo con la auja.

EL TÍO GAÑOTE. ¡Ah!...

RIBAZO. Y me dijo: «Me casaría con tú por lo infelís qu'eres.»

EL TÍO GAÑOTE. Nada, qu'eres un adobe. La mujer que se casa con uno porque le paice tonto es que ella se pasa d'aguda.

RIBAZO. Pus esa es la gracia: que un mastuerzo como yo pesque una moza guapa y agudica.

EL TÍO GAÑOTE. A más, la Luisa es chica de mucho empuje.

RIBAZO. Casándome, pues, con ella, no me faltarán empujones.

Aparecen por el foro derecha doña Amparo (hermana del marqués), Nena y Luisa. Gañote y Ribazo se levantan sin dejar los calzones que están arreglando.

DOÑA AMPARO. Buenos días.

EL TÍO GAÑOTE. Mu güenos, doña Amparo.

DOÑA AMPARO. ¿Está mi hermano?

EL TÍO GAÑOTE. En casa debe de estal.

DOÑA AMPARO. Vamos, Nena. Tú, Luisa, espera.

Entra en la casa de la izquierda seguida de Nena.

RIBAZO. *A Luisa.* Chica, ¿pas'algo u qué?

LUISA. No sé. Recibió la señora una carta de Madrid y mandó que la siguiésemos. No sé más. *Fijándose en los calzones que arreglan.* Pero ¿qué hacen ustedes?

EL TÍO GAÑOTE. *Enseñando el calzón.* Yo, poniéndole cerraura a la trastienda.

RIBAZO. *Enseñando su calzón.* Pus yo, tapando el cscaparate.

EL TÍO GAÑOTE. Ya'stá rematau. Ahura me voy a dal güelta pol l'aira.

Echando el calzón dentro de la casa de la derecha, y Ribazo haciendo igual con el suyo.

RIBAZO. Yo m'aspero a vel si manda algo el amo.

EL TÍO GAÑOTE. Tú siempre alau de las faldas...

Mutis por el foro derecha.

RIBAZO. *A Luisa.* Amos, pardala, ¿me quiés mucho?

LUISA. Ya te he dicho que sí.

RIBAZO. ¿Y cuándo nos ajuñimos?

LUISA. Espera, hombre, que todo llegará.

RIBAZO. Es que no sabes tú la prisica que tengo.

LUISA. Pues ten paciencia.

RIBAZO. Anda, dame una miaja d'abrazo.

LUISA. No.

RIBAZO. Uno chiquitico, mucho pequeñico.

LUISA. Ribazo, que no. ¡Qué dirían si nos viesen!

RIBAZO. Pus dirían que t'habían visto abrazada a un ribazo.

Aparece Pedro por donde se fué, Después, Nena.

PEDRO. Ala, Ribazo, anda a dale pienso a los caballos.

RIBAZO. ¡Ridiós! ¡C'adestiempo! Ya voy, ya... ya voy...

Vase Ribazo por la derecha, mirando a Luisa.

NENA. *Del hotel.* Luisa, dice la señora que entres.

LUISA. Allá voy. Hasta luego, Pedro. *Mutis.*

Va a entrar Nena, y le dice:

PEDRO. Espera, Nena.

NENA. ¿Qué quieres, Pedro?

PEDRO. Que te esperes.

NENA. Ya espero.

PEDRO. Siéntate aquí.

NENA. *Sentándose.* Ya estoy.

PEDRO. Escucha...

NENA. Vamos, di.

PEDRO. *Sin decidirse.* Nada, vete.

NENA. No te entiendo.

PEDRO. ¿Tienes novio? *Decidiéndose.*

NENA. No. Soy muy joven.

PEDRO. *Aparte, mirando a Nena.* ¡Rediez, qué maja!

NENA. ¿En qué piensas?

PEDRO. Pienso... en que me gustas.

NENA. *Alegre.* ¿De verdad?

PEDRO. De verdad.

NENA. ¿Y qué?...

PEDRO. Pus... eso.

VOZ DENTRO. *Llamando.* Nena...

NENA. *Levantándose.* Me llaman.

PEDRO. *Deteniendo a Nena por una mano y con pasión.* Te quiero, Nena.

NENA. Yo también a ti, Pedro.

PEDRO. *Dándola un abrazo.* Toma.

NENA. *Al marchar hacia el hotel, con cariño.* Pedro...

PEDRO. *Apasionado.* Nena...

Vase Nena, y dice Pedro: ¡Es majica y es güena!

LUISA. *Del hotel.* ¿Qué hacías con la Nena?

PEDRO. Nada, bromiar.

LUISA. A ver si la atontolinas. Mira que es una chiquilla.

EL TÍO GAÑOTE. *Por el foro izquierda. A Pedro.* ¿Pero te vas a pasar aquí la mañana?

PEDRO. Estaba mu ocupadico.

EL TÍO GAÑOTE. Tú, en ver faldas...

PEDRO. Es que las mañicas son pa mí una de las tres cosas mejores del mundo: la Pilarica, la jota y ellas.

LUISA. Hijo, gracias a Dios que te oigo echarnos una flor, aunque nos dejas para lo último.

EL TÍO GAÑOTE. Este es mu cumplido, y eso que s'ha dejau el vino sin nombrar, que si lo nombra, te quedas más a la cola.

LUISA. Qué, ¿aun considera usted el vino mejor...?

EL TÍO GAÑOTE. *Interrumpiendo.* Que toas las mujeres. ¡No hay poca diferencia entre ese carmante y vusotras! Las mujeres cuestan mucho y el vino n'ues cosa mayor. Una mujer güena es difícil hallala, y el güen vino lo tiés en casa de cualquié labrador. Las mujeres te desgustan, y el vino t'alegra...; conque dime tú s'hay diferencia u no.

PEDRO. *A Luisa.* ¿Y c'ocurre por la casa?

LUISA. No sé. Los señores están de conferencia. Me han mandado preparar el gabinete del jardín.

EL TÍO GAÑOTE. ¿Vienen güespedes?

LUISA. No sé; pero algo importante ocurre.

PEDRO. *Viendo salir a los señores.* Los amos.

DOÑA AMPARO. *Al marqués.* ¿Es decir, que no vienes?

EL MARQUES. No, hermana mía; aquí esperaré. Anda tú con Pedro; de aquí al apeadero hay cuatro pasos, y debe de estar para llegar el tren.

DOÑA AMPARO. Como quieras; pero no debes dejarte dominar por la pena.

EL MARQUÉS. Es que presiento algo grave. Esa carta de nuestra madre, anunciando la llegada de mi hija, me da una idea triste de lo que haya podido ocurrir.

DOÑA AMPARO. Sí; es raro que, al dejar tu hija la casa de su madre, no se haya quedado con la abuela.

EL MARQUÉS. Nuestra madre no ha querido, sin duda, hacerse cómplice de lo que sucede. En fin, anda, Amparo. Pedro, acompaña a la señora.

DOÑA AMPARO. Tú, Luisa, ya sabes lo que te he encargado. Mientras volvemos, dispón lo necesario...

LUISA. Al momento, señora. *Mutis Luisa al hotel.*

DOÑA AMPARO. Bueno, pues hasta luego y mucha calma.

EL MARQUÉS. ¡Dios me ayude!

Vase doña Amparo seguida de Luisa y de Pedro.

EL TÍO GAÑOTE. *Con pena y respeto.* ¿Necesita algo el señor?

EL MARQUÉS. ¡Ah, mi buen Gañote! ¡Qué diferentes los tiempos que pasaron!

EL TÍO GAÑOTE. Mejores fueron, señorito. Usté siempre tan alegre, saltando zanjas, poniendo lazos y descurriendo con el dimonio pa

hacel diabluras, que yo pagaba luego a cambio de los carambelos que usté me daba...

EL MARQUÉS. ¡Qué felices días!

EL TÍO GAÑOTE. Pero ¿por qué pena usté tanto ahura?

EL MARQUES. Misterios de la vida. El pícaro amor. Creí jugar con él, y me encadenó. Y ha ido apretándome después de tal modo, que hoy me ahoga.

EL TÍO GAÑOTE. Yo nunca m'hi atrevido a preguntale a usté nada; pero al velo viní tan tristecico, tan solo, pené mucho; porque lo quiero a usté como a un hermano.

Limpiándose una lágrima con el dorso de la manga.

EL MARQUÉS. Es que tu cariño es sincero. Cariño que nace en la niñez y no se borra nunca.

EL TÍO GAÑOTE. Hace deciocho años, cuando se casó usté, como yo me fijé en que la señora marquesa era... como era, icía yo: ¿si le risultará bien? Y cuando me paicía que no l'iba malejamente, lo veo venil hecho un agüelo y lleno de penas... y eso no lo causa más c'una mujel.

EL MARQUÉS. Una mujer, tienes razón.

EL TÍO GAÑOTE. Yo, señorito, poco me s'alcanza d'estas cosas, pus yo endrechaba a mi parienta con cuatro jetazos y nunca ejó e quereme; pero me pai que usté tié motivos gordos cuando tanta penica le cuestan.

EL MARQUÉS. Lo más terrible para un hombre que quiere mucho.

EL TÍO GAÑOTE. Ya veo que nada puedo aliviale; pero bien sabe usté que le quiero. Descanse usté, pues, en estos brazos; qu'el cariño, cuando es verdadero, no tié clase ni condición.

EL MARQUÉS. *Abrazando a Gañote.* Sí; buen Gañote, sí.

Se abrazan. Pausa breve, oyéndose el sollozo de ambos.

Se desprende el marqués de los brazos de Gañote, y ambos se limpian sendas lágrimas.

EL MARQUÉS. Vaya, tranquilicemos el ánimo. Va a llegar mi hija, y necesito de toda mi serenidad.

EL TÍO GAÑOTE. *Con sorpresa.* ¿Pero viene la señorita Laura?

EL MARQUÉS. Dentro de un instante.

EL TÍO GAÑOTE. M'alegro; a ve si su compañía le consuela y le...

EL MARQUÉS. ¡Quién sabe si amargará más mi existencia!

Aparece Mosén Tomás (foro derecha).

MOSÉN TOMÁS. Señor marqués, ¿es cierto que viene Laurita?

EL MARQUÉS. Cierto, mosén Tomás.

MOSÉN TOMÁS. Regresaba de mi paseo; he tropezado con doña Amparo y me ha dado la noticia.

EL MARQUÉS. Así es, y tiemblo pensando lo que ha podido pasar.

MOSÉN TOMÁS. Figurándome que algo anormal ocurre, vengo por aquí otra vez.

EL MARQUÉS. Su compañía me es muy grata. Siéntese, pues, y esperemos. *Se sientan.* Deseo esa llegada y la temo.

MOSÉN TOMÁS. El temor es para las almas agobiadas por el delito; no para los que tienen la conciencia tranquila.

EL TÍO GAÑOTE. Siñor cura, ¿n'uhay melecina que cure estas penas?

MOSÉN TOMÁS. La reflexión, la paciencia, la

conformidad, son lenitivos poderosos; ahora, cura radical... lo que es cura radical...

EL TÍO GAÑOTE. Usté no es cura radical, ¿verdá?

MOSÉN TOMÁS. Lo que yo te digo es que sólo la muerte pone fin al dolor.

EL TÍO GAÑOTE. Oyéndole a usté hay que dejal que nos capolen.

MOSÉN TOMÁS. ¿Y qué hacer, Gañote? Si el señor marqués cometiese una violencia, se convertiría, de un hombre sensato, en un pobre loco.

EL TÍO GAÑOTE. ¿Pero ande aprenden ustees tanta explicativa?

MOSÉN TOMÁS. En el libro de los años.

EL TÍO GAÑOTE. Pus me pá mí que yo voy tardando en aprendel esas retoricas. *Mirando por el foro.* Siñorito, ya vienen.

EL MARQUES. *Levantándose.* ¡Dios mío, dadme fuerzas!

Aparece por el foro derecha Laura en traje de camino, doña Amparo, Nena, Luisa y Pedro. Éste con un maletín.

LAURA. *Abrazando al marqués.* ¡Padre mío!

EL MARQUÉS. ¡Hija de mi alma!

Hace una indicación doña Amparo a Nena, y ésta toma el maletín y entra en el hotel, y Gañote y Pedro salen por la derecha segunda.

PEDRO. *Al salir.* Aquí sufren todos.

EL TÍO GAÑOTE. *Al salir.* ¡No podel quitale la pena!...

MOSÉN TOMÁS. Vamos, señor marqués, cálmese. Y tú, hija mía, *A Laura, que se desprende de los brazos de su padre,* serénate y descansa.

DOÑA AMPARO. Ya estáis reunidos. Ahora, reposo, y de todo se tratará despacio.

EL MARQUÉS. No. Cuanto antes, mejor. La realidad es menos dolorosa que la duda. Hija mía, dime lo que haya sucedido...

DOÑA AMPARO. Pero, por Dios...

MOSÉN TOMÁS. Sería inútil, doña Amparo, querer contener la natural impaciencia del señor marqués.

LAURA. Sí, hablaré; porque tampoco yo podría resistir el silencio. Pero ofréceme, padre mío, no perder la calma. Piensa que tu hijita necesita de ti; que te debes a ella.

Se sientan.

EL MARQUÉS. Bueno, dime: ¿por qué has dejado la casa de tu madre?

LAURA. Porque no podía vivir en ella un instante más. Cuando tú saliste de Madrid, me quedé con mi madre por varias razones. Primera, porque tú me lo mandaste; segunda, porque no creía en lo que tú creías; porque suponía que mi presencia sería obstáculo a las genialidades de mi madre, y porque no podía partirme para estar con los dos.

EL MARQUES. Sigue, hija mía.

LAURA. Visitaba nuestra casa el barón como cuando tú estabas, y mi madre le recibía con agrado. Yo presenciaba todas sus visitas, que cada vez se prolongaban más.

EL MARQUÉS. ¡Infame!

MOSÉN TOMÁS. Calma, señor marqués.

LAURA. Yo advertí a mi madre que no era prudente que frecuentase el barón nuestra casa; pero no me atendió. Un día se empeñó el barón en sacarnos a paseo en su auto.

EL MARQUÉS. ¿Y salisteis?

LAURA. Sí. Me obligó mi madre, y pasé la tarde más cruel de mi vida. Creía que todos se

fijaban en nosotras..., y pensaba en ti, padre mío.

EL MARQUÉS. ¡Qué vergüenza!

LAURA. Al llegar a casa recriminé a mi madre, y se indignó diciendo que ella no faltaba a sus deberes; que tú la habías abandonado sin razón, y que el barón era un buen amigo.

EL MARQUES. ¡Qué cinismo!

LAURA. Al día siguiente (hoy hace cuatro días) volvió el barón con la pretensión de llevarnos al teatro. Yo me negué; mi madre dijo que, si yo no quería ir, iría ella.

EL MARQUÉS. ¿Y fué?

LAURA. Fuimos. No tuve valor para dejarla sola. ¡Ojalá no hubiese ido! Me parecía que todos los gemelos se fijaban en nuestro palco. Me levanté y dije a mi madre: «Vamos, no puedo más. Todos nos miran; todos pensarán en mi padre.» «Vete tú» —me contestó—. «Y tú»—la dije, empujándola hacia el antepalco, y entonces...

EL MARQUÉS. *Con afán.* ¿Qué?

LAURA. No; no puedo...

EL MARQUÉS. Acaba.

LAURA. Pues bien. Mi madre, a quien yo veneraba a pesar de mi carácter, descargó un bofetón sobre mi mejilla.

EL MARQUÉS. *Con ira.* ¡Infame!...

Tanto doña Amparo como mosén Tomás muestran indignación.

LAURA. Salí del teatro y me dirigí a casa de la abuelita, llevando en mi cara aquel castigo injusto, aquel bofetón de mi madre, que ni me dolió, porque el dolor de mi alma era más intenso, ni me enrojeció las mejillas, porque harto rojas estaban ya por la vergüenza.

EL MARQUÉS. Es un monstruo.

LAURA. Tras de mí, llegó mi madre; pero la abuelita la despidió, y a mí me ordenó venir a tu lado... y aquí estoy.

EL MARQUÉS. ¡Pobre hija! ¡Cuánto habrás pasado! No podías estar entre ese cieno. Y ahora, hermana mía, mosén Tomás, necesito el consejo de todos; yo no acierto a discurrir.

DOÑA AMPARO. Hay que tener mucha calma y pensar en lo difícil de la situación.

EL MARQUÉS. La mía no puede ser más ridícula. Debo matar a ese hombre.

MOSÉN TOMÁS. Señor marqués, ya que tanto influyen en usted mis consejos, escúcheme. No existe prueba de que su esposa haya faltado a sus deberes. Genialidades, sí; pero al fin genialidades. Si mata usted a ese señor, suponiendo que él no le mate a usted, ¿borra usted con esa muerte lo sucedido? No. ¿Arrancará usted de su pecho el amor que dice tener a su esposa? Tampoco. La venganza será muy sabrosa, pero ni es cristiana ni resuelve los conflictos. Espere usted, pues. ¿Quién sabe si todo ello obedecerá sólo a ligerezas de levísimos efectos?...

EL MARQUÉS. Tiene usted razón. Puede ser que únicamente...

MOSÉN TOMÁS. Además, se debe usted a su hija.

EL MARQUES. Sí, hija mía. Viviré para ti.

LAURA. Aun podemos ser felices. Olvida, que yo te ayudaré a olvidar y te distraeré con mis diabluras.

DOÑA AMPARO. Vaya, hermano. Laura necesita descanso.

Se levanta.

MOSÉN TOMÁS. Sí, señor marqués, a descansar. Serénese... y esperemos en Dios.

EL MARQUÉS. No deje de venir todos los días.

MOSÉN TOMÁS. No faltaré.

DOÑA AMPARO. También yo me marcho. Luego pasaré, y espero encontrarte más tranquilo. *Llamando.* Nena... Luisa... Conque hasta después. *Salen Nena y Luisa. Mirando a Laura, le dice:* Piensa, hija mía, que tú puedes hacer mucho en bien de tu padre.

LAURA. Adiós, tía; no lo olvidaré.

MOSÉN TOMÁS Adiós, Laurita, y bien venida.

LAURA. Adiós, mosén Tomás.

MOSÉN TOMÁS. *Al marqués.* Lo dicho.

EL MARQUÉS. Adiós.

Vanse por el foro doña Amparo, Nena y Luisa, y detrás mosén Tomás. Laura les acompaña hasta el foro y vuelve junto a su padre.

EL MARQUÉS. *Abrazando a Laura.* ¡Hija de mi alma!

LAURA. Papaíto, no lo tomes así...

EL MARQUÉS. Anda y descansa.

LAURA. ¿Y tú?

EL MARQUÉS. Después.

LAURA. Ya verás qué bien lo pasamos Pescaremos, cazaremos, hasta bailaremos, y dentro de poco no habrá dos seres más felices que nosotros. ¿Eh?

EL MARQUTS. Así sea.

LAURA. Hasta luego, pues.

EL MARQUÉS. Adiós, hija mía.

Queda el marqués sentado, apoyada la cabeza en las manos, y Laura, despacio, se dirige al hotel, conteniendo el llanto y mirando a su padre. Llega a la puerta, se para y, no pudiendo más, rompe a llorar y desaparece precipitadamente. Gañote, que sale despacio y se hace cargo de la situación, avanza y se

acerca al Marqués, llegando junto a él en el preciso momento de desaparecer Laura. El Marqués levanta la cabeza, ve a Gañote y dice:

EL MARQUES. ¡Gañote!

EL TÍO GAÑOTE. ¡Siñol!

Quedan unidos en estrecho y prolongado abrazo.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena, igual que en el primer acto. Es por la tarde, en domingo; seis meses después del acto anterior. A la izquierda, una mesa rústica, y sentados alrededor de ella, el Marqués, de espaldas al hotel; Gañote, frente al público, y Mosén Tomás frente al Marqués. Están jugando al tute arrastrado. En la derecha, doña Amparo y Nena, sentadas; la primera leyendo en un libro y la segunda mirando postales o haciendo labor. En el centro de la escena, Pedro y Ribazo jugando al mus, y teniendo cerca un porrón mediado de vino. En la puerta del foro, y en la parte de afuera, varias personas del pueblo, y al frente de ellas, Mariano; todos de la clase pobre baturra, recibiendo, como merienda, frutas y bollos que les reparten Laura y Luisa, por ser el cumpleaños de la primera.

RIBAZO. Decisiete envidos a la grande.

PEDRO. Pero, hombre, ¿por qué echas tantos?

RIBAZO. Otra; pus pol que tengo tres reyes y te gano, y comuimos dicho que pol cada envite ganau s'icha un chaparrazo e vino... pus pol eso.

PEDRO. Pues bébetelo todo, y en paz.

RIBAZO. Güeno, pus me lo bebo y no juego más.

Toma el porrón, se levanta y dice: Me voy a ormil.

PEDRO. Anda, que bien lo necesitas.

Entra Ribazo en la casa a la derecha, y Pedro queda sentado, entretenido con la baraja.

UNO. Que Dios le dé a usted salú, señorita Laura, pa llegar a otro año.

LAURA. ¿Sólo a otro año?

DOÑA AMPARO. Mujer, por de pronto, a otro año.

LAURA. *A Mariano.* Toma tú doble, Mariano; que tenéis muchos críos.

MARIANO. Y los que entavía tendremos...

LAURA. Para ésos no te doy... entavía.

MUJER. Dios la bendiga, señorita.

LUISA. Ya están todos.

PEDRO. Falto yo.

LAURA. *A Pedro.* Tú eres de casa.

Nena mira a Pedro y a Laura con tristeza, y vuelve a sus postales. Dirigiéndose a los del pueblo, dice Laura: Ahora, todos a la plaza.

MARIANO. ¡Viva la señorita Laura!

TODOS. ¡Viva!... *Marchan por el foro, derecha. Retira Luisa la canasta.*

LAURA. *A Pedro.* Anda, Pedro; acompáñame a la huerta y merendaremos allí nosotros cascabeles secos.

DOÑA AMPARO. *A Laura.* A ver si te subes a los árboles, y nos das otro susto como el del domingo pasado.

LAURA No me hago daño, tía. En los seis meses que llevo aquí me he caído diez veces, y ya ves, ni un rasguño.

DOÑA AMPARO. Claro, siempre llega Pedro a tiempo de recogerte...

LAURA. Pues por eso no tengas cuidado. *Al Marqués.* Papá, voy a la huerta; luego vuelvo.

MARIANO. Bueno; pero no hagáis locuras, ¿eh? Hoy cumples diez y siete años, y ya es hora de que tengas juicio.

LAURA. *Con gracia.* Descuida, que ya voy formalizándome.

MOSÉN TOMÁS. Déjela usted, señor marqués.

Más vale que tenga las travesuras de la niña que las preocupaciones de la mujer.

LAURA. No, mosén Tomás; ni travesuras ni preocupaciones. Todo seriedad, todo formalidad; como un ministro de la Corona. ¡Si se me figura que lo soy!... *Enfáticamente*. Por la noche, en la cama, preparación mental de los asuntos pendientes, o sea lo que he de hacer al otro día. Por la mañana, despacho oficial; es decir (*pasea con gravedad por la escena*), mis labores, los arreglos de la casa, etcétera, etcétera. Al medio día, una sonrisa a la familia. *Sonriendo y acariciando a su padre*. Y por la tarde, apoyada en el brazo de mi secretario particular, a paseo. ¿No es ahora por la tarde? Pues a paseo, señor secretario. *Cogiéndose al brazo de Pedro*. En marcha. Señores, hasta luego.

Vase del brazo de Pedro con gravedad.

MOSÉN TOMÁS. Ideal. Es un diablillo.

DOÑA AMPARO. ¡Feliz ella!

EL TÍO GAÑOTE. No paíce varona.

DOÑA AMPARO. *Llamando*. Luisa.

LUISA. Señora.

DOÑA AMPARO. Puedes darte una vuelta por casa, que en todo el día hemos estado.

LUISA. ¿Quiere usted que venga Nena conmigo?

DOÑA AMPARO. Sí, que esta pobrecilla sólo contigo se expansiona. Anda, hija mía.

NENA. Bien, señora.

DOÑA AMPARO. Luego iré yo.

Salen por el foro, derecha, Luisa y Nena.

MOSÉN TOMÁS. Parece que la Nena está triste.

EL MARQUÉS. Yo creo que está enamorada.

DOÑA AMPARO. ¡Hija de mi alma! ¡Pero qué cosas tienes! ¡Enamorada! ¿De quién?

EL MARQUÉS. Qué sé yo. De cualquier muchacho del pueblo.

DOÑA AMPARO. Me lo hubiera dicho, porque nada me oculta. La recogí huerfanita de siete años y no se ha separado de mí.

MOSÉN TOMÁS. Si es amor, como el señor marqués supone, ya tiene sufrimiento para rato. Al que encuentro menos expansivo que de costumbre es a Pedro.

EL TÍO GAÑOTE. Ya l'hi notau hace días. Está como atontaíco, Por la noche se pasa las horas en el jardín con la guitarra en brazos, que paíce que la está durmiendo, y después n'uhay quien lo saque de la cama.

DOÑA AMPARO. Será también amor.

EL TÍO GAÑOTE. No lo crea usted, doña Amparo. Si quisiera a darguna moza de por ahí, toos lo sabríamos ya. Eso se sabe insiguida en los pueblos.

EL MARQUÉS. Es que va volviéndose juicioso.

EL TÍO GAÑOTE. Eso sí. No es el mesmo. La señorita Laura l'uha hecho mu formal y mu leído. ¡L'anseñau más!... ¡Y lo que le tié que enseñar!...

EL MARQUÉS. Pues es raro; porque mi hija es la informalidad personificada.

MOSÉN TOMÁS. Lo cierto es que Pedrillo ha cambiado. Laurita y él parecen dos hermanillos.

EL MARQUÉS. No es extraño. Los padres hicimos lo mismo. ¿No es verdad, Gañote?

EL TIO GAÑOTE. Y tan verdad.

DOÑA AMPARO. Mi sobrina es un diablejo, y

necesitaba un ayudante para sus travesuras. ¿Quién mejor que Pedro?

EL MARQUÉS. Vaya, dejemos el tute, que llevamos ya tres horas seguidas dándole a las cartas...

MOSÉN TOMÁS. Sí; además, pronto será hora del Rosario.

Se obscurece la escena, y los jugadores cambian de postura, y el Marqués saca un pitillo y fuma.

EL MARQUÉS. Tú, Gañote, ¿no fumabas antes?

EL TIO GAÑOTE. Fumo; pero como los probes no podemos fumal más que cajicas d'a deciocho y es tan rematau, me daba tos y lo dejé.

MOSÉN TOMÁS. *Al Marqués.* Y hoy ¿no ha tenido usted noticias de Madrid?

EL MARQUÉS. Laura ha tenido carta de su madre felicitándola los días.

MOSÉN TOMÁS. ¿Sigue, pues, mejorando la situación, según me dijo usted ayer?

EL MARQUÉS. Así parece. Según mi madre, así que Laura salió de Madrid, el barón dejó de frecuentar mi casa, no sé si por iniciativa propia o por mandato de mi mujer.

DOÑA AMPARO. Tu mujer le obligaría a cesar en sus visitas. Yo siempre he creído que aquello fué una tontería de ella, que con más tino podías tú haber cortado. No le doy importancia.

EL MARQUÉS. Hermana, en ese terreno la menor cosa es grave. Dios haga que todo haya sido humo.

MOSÉN TOMÁS. No lo dude usted. Ya ve cómo mis consejos fueron acertados. La marquesa jugó con el amor sin premeditar las consecuencias. Después vió el peligro y dejó el juego a tiempo.

DOÑA AMPARO. Yo creo que debías volver a Madrid, como mamá te lo aconseja.

EL MARQUÉS. Esperemos algo más.

MOSÉN TOMÁS. *Levantándose.* Tal vez si usted, señor marqués, llamase a la señora marquesa, ella vendría sin vacilar.

EL MARQUES. Lo considero prematuro.

MOSÉN TOMÁS. En fin...

EL MARQUÉS. ¿Se marcha usted, mosén?

MOSÉN TOMÁS. Sí; tenemos novena y plática. *Más obscuro.*

DOÑA AMPARO. *Levantándose.* No quiero perder la segunda; ni, por supuesto, la novena.

EL MARQUÉS. Pero esa chica... *Por Laura.*

MOSÉN TOMÁS. Déjela usted. Que corra y que ría; tiempo le sobrará para llorar. Conque hasta mañana.

EL MARQUÉS. Adiós, mosén Tomás.

Retira la mesa Gañote.

DOÑA AMPARO. Yo también me voy. Después de cenar volveré. Adiós, Gañote.

EL TÍO GAÑOTE. Adiós, señora.

MOSÉN TOMÁS. Descansar.

Vase por el foro, derecha, doña Amparo y mosén.

EL TÍO GAÑOTE. ¿Quiere usted que llame a la señorita?

EL MARQUÉS. No; déjala que haga lo que quiera. Aunque ya es anochecido, con Pedro está segura. Gozo de verla cómo disfruta. Creí que la pobre se aburriría aquí; pero no se acüerda de Madrid para nada.

EL TÍO GAÑOTE. Tamién a mí me paicía que no podría acostumbrase.

EL MARQUÉS. Mientras regresan, voy a escribirle a mi madre. Laura la pondrá después dos líneas.

El Tío Gañote. Y yo, a dar güelta por los caballos, que Ribazo estará urmiendo y Pedro no s'alcordará.

El Marqués. Parece, Gañote, que respiro mejor; que mi alma está más tranquila.

El Tío Gañote. Todo pasa, señor; todo pasa.

El Marqués. Y menos mal si no deja huellas. Creo que empiezo a vivir...

Entra en el hotel, izquierda, y Gañote, *mutis a la casa, derecha.* Ya paice más tranquilico.

Pedro y Laura, comiendo cascabeles. Salen por el foro derecha. Laura deja caer algunos huesos. La escena, obscurecida, hasta que se oiga decir que da un rayo de luna.

Laura. *A Pedro.* Hombre, pareces lelo. No me dices nada. Todo he de decirlo yo.

Pedro. Señorita, es que no puedo.

Laura. Ya te he dicho que cuando estemos solos no me digas señorita. Dime Laura.

Pedro. *Con temor.* Me cuesta trabajo.

Laura. Nada, que tendré que ser yo quien te haga el amor.

Pedro. ¡Cómo se divierte usted conmigo!

Laura. Y dale con el usted. Dime Laura y de tú, hombre de Dios.

Pedro. ¿Cree usted que es fácil? Puede oírnos cualquiera y...

Laura. Nadie nos escucha.

Pedro. Pues a mí me parece que van a oírme todos, y que se reirían de mí.

Laura. Vaya, si no dejas esos temores, me marcho.

Pedro. *Con precipitación y suplicante.* No, eso no. Estoy tan bien a su... a tu lado...

Laura. Así. ¡Gracias a Dios! Ahora está bien. ¿Qué importa que tú seas pobre, si yo te quiero?

PEDRO. Pero ¿de veras me quiere usted... digo, me quieres?

LAURA. No debía decírtelo; porque esto de que la mujer se declare al hombre, ni se estila todavía, ni está bien.

PEDRO. Pero ¿no es que juegas conmigo?

LAURA. ¡Jugar! No. Me has interesado. La simpatía nace, y de la simpatía al amor hay poco camino. Sin separarnos en casi todo el día llevamos seis meses... y claro... Bueno; conste que hago muy mal en hablarte así.

PEDRO. ¿Pero hablas en serio? ¿Es verdad que no sueño, que puedo yo ser tu novio?

LAURA. ¿Por qué no? Tú verás...

PEDRO. «¡Cuánto te quiero, Pedro!», me decías muchas veces; y yo creía que a ello te impulsaba el cariño natural que inspira un criado fiel, un hermano; pero en mi alma sonaba aquel «te quiero» de un modo que no podía explicarme. Y era que yo te quería también.

LAURA. Pero no estés triste ¡canastos!; que pareces un responso, y todos lo notan.

PEDRO. Es que cuando pienso que esto puede ser un sueño, me desespero. ¿Qué esperanza hay para nuestro cariño? Ninguna. Así que el señor marqués se entere, te separará de mi lado. Tú te olvidarás del pobre Pedro, y otro amor, tal vez de conveniencia, sustituirá al de este infeliz baturro.

LAURA. No pienses en eso. No sucederá.

PEDRO. Sí, Laura. ¿No ves que no soy nada y tú eres mucho? No juegues con el corazón.

LAURA. Nada temas; no es el primer caso de amarse dos seres de distinta posición y clase. Querámonos como ahora; más adelante sabremos vencer las dificultades. Mi padre quiere al

tuyo como a un hermano, y a mí nada me niega; menos ha de negarme lo que yo considero mi felicidad. Sí, Pedro, te quiero mucho, mucho... Y no te lo debía decir, porque vas a ponerte muy tonto.

PEDRO. ¡Laura, me enloqueces! Tú me has educado en estos seis meses y has hecho de mí otro hombre, cambiando mi rudeza, mi modo de ser. Yo he aprovechado el tiempo...

LAURA. *Con intención.* ¡No lo has perdido, no!

PEDRO. *Enérgico.* Estoy sujeto, pues, a ti; si me arrastras, si por ti vivo ya, si me creo un ser digno de tu querer, calcula qué sucedería si me olvidases, si te burlases de mí...

LAURA. No, Pedro mío; no. Siempre te querré lo mismo. Ahora separémonos, que papá me espera. Ya es de noche. No faltes al jardín, ¿eh?, que te esperaré en la ventana.

PEDRO. Iré. Las horas que paso hablando contigo son las más felices de mi vida.

LAURA. Pues disimula; porque ahora no conviene que sepan nada. Adiós, Pedro. *Cogiéndole las manos con cariño.*

PEDRO. Adiós, Laura.

LAURA. *Apasionada.* Hasta luego...

Echa un beso a Pedro y desaparece rápidamente, entrando en el hotel. Pedro cae sentado en el banco, y tras breve pausa dice:

PEDRO. ¡Dios mío! ¿No será un sueño? No. ¿Por qué había de engañarme?... Con el amor no se juega. Si me engañase... Pero no. Tan buena, tan inocente... Yo no debí dejarme arrastrar... ¡Qué martirio! Ella lo ha dicho: «Dios no estableció diferencias de riquezas y de clases para el amor.» ¿No hemos de poder querernos? ¡Ay!... No sé lo que me pasa. Dudo, temo... En fin, no

hay remedio. Es tarde para retroceder. *Vase por el foro derecha.*

Sale, de la casita de la derecha, Ribazo desperezándose y bostezando.

RIBAZO ¡Remolacha, si es de noche! ¡Güena siesta m'hi echau! Hi soñau con la Luisa; que nos casabamos por lo melitar, que era el casamiento de moda. ¡Había más sordaus...! Y un cabo de Artillería bailaba con la Luisa, y ya me s'hinchaban las narices, y al cabo... Al cabo no pasó na, y yo me juí con mi esposa; y cuando ya nos quedabamos solos en nuestra casica... ¡cataplún!, pus que mi caído del catre y mi dispertau. ¡Yo qui quería soñal más, a vel lo que pasaba dimpués!... En fin, me voy al pueblo a ichal medio jarrico pa vel si me se pasa el disgusto.

Sale cantando por el foro derecha y aparece Gañote por la casita.

EL TIO GAÑOTE. ¡Vaya una lunica clara! ¿Habrán güelto la señorita Laura y mi Pedro?...

Mirando al suelo y viendo los huesos de los cascabeles.

Sí; han güelto. ¿Huesicos de cascabel por el suelo? Ellos han pasau p'uaquí. *Aparece Nena por el foro, y al verla, Gañote dice:* ¿Ande vas, pardala?

NENA. A hablar con usted precisamente. Se fué la señora a la novena y yo no quise ir por pasar a decirle a usted una cosa.

EL TÍO GAÑOTE. Pues habla, pequeña.

NENA. Yo, señor Gañote, soy muy desgraciada.

EL TÍO GAÑOTE. ¿Desgraciada tú?

NENA. No tengo a nadie en el mundo, y antes de decirle nada a mi señora de lo que me ocurre, quiero decírselo a usted.

EL TÍO GAÑOTE. Pues dímelo.

NENA. Que estoy enamorada.

EL TÍO GAÑOTE. ¡Recuévano! ¿Será de mí? *Riendo.*

NENA. Cerca le anda. De su hijo Pedro.

EL TÍO GAÑOTE. ¿Y él lo sabe?

NENA. Debe de saberlo, porque yo se lo he dicho. Me habló de amores y yo le correspondí.

EL TÍO GAÑOTE. ¡Repaño, y no sabel yo na!...

NENA. Hace tiempo, no me atiende tanto; y yo quiero que usted le diga a mi señora que me quiero casar con Pedro.

EL TÍO GAÑOTE. Aspera, maña, aspera; no corras tanto. ¡Pus n'ueres poco intrepida! Mira, lo mejor es que hables tú con Pedro. Yo lo prepararé, y dimpués le ices too lo que m'has dicho a mí... y allá vusotros. *Mirando a la derecha segunda.* Miá puadonde viene. Escóndete aquí. *En la casita.* Y sal cuando yo te llame.

NENA. Bueno. *Se oculta.*

EL TÍO GAÑOTE. Per'hombre, ¡qué regoluciones s'arman en el mundo! Mia c'una chiquilla... *Aparece Pedro, despacio y pensativo.*

EL TIO GAÑOTE. *Al ver a Pedro.* ¿Qué te pasa, Pedro, que vienes tan piensativo?

PEDRO. No sé, padre; no sé la suerte que me espera, si muy grande...

EL TIO GAÑOTE. Pequeña, de siguro.

PEDRO. Qué, ¿usted cree?...

EL TÍO GAÑOTE. Yo me rifiría a que yo considero a la mujel com'una disgracia nacional, y si darguna vez es suerte, es mu pequeña, y la que a tú te aguarda es eso.

PEDRO. ¿Muy pequeña?...

EL TÍO GAÑOTE. Sí, hombre; de la Nena t'ha blo, questá atontoliná por tú.

PEDRO. ¿Cómo lo sabe usted?

EL TÍO GAÑOTE. ¡Repaño, por quella me l'ha dicho!

PEDRO. ¿Y qué le voy yo a decir a esa pobre chica?

EL TIO GAÑOTE. No te faltará iscurrimiento, que entre tanto como t'anseñau la siñorita, algo t'habrá enseñau d'eso. *Llamando*. Nena, sal.

PEDRO. Pero ¿está ahí?

NENA. *Sale temerosa sin decir nada.*

EL TIO GAÑOTE. Yo voy a dar güelta por los caballos. Ahura vusotros sus entenderáis. *Al entrar*. ¡Reporra las crías, que no se ven en el suelo y ya quién afaitase. *Entra en la casita.*

NENA. *Con cariño*. Pedro...

PEDRO. Pero Nena, ¿es posible?...

NENA. Sí, Pedro, te quiero... *Ruborosa.*

PEDRO. ¡Qué ingenuidad! Pues yo te agradezco que me quieras; pero piensa que eres muy niña.

NENA. No es eso, no.¡ Es que quieres a otra! Sí; pero tu tristeza me demuestra que en tu amor hay algún imposible.

PEDRO. No seas chiquilla. No quiero a ninguna. Tal vez algún día pueda quererte, y...

NENA. Tu boca dice eso; pero tus ojos dicen que mientes. Yo te creí aquel día en que me hablaste de amores y me dejé llevar; pero ahora veo que jugaste con mi corazón. Eres ingrato.

PEDRO. Mira, Nena, yo te quiero; pero como a una hermana, ¿sabes? Déjame, pues, y no me martirices y te martirices tú. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir!...

NENA. Sí, me voy, te dejo; pero volveré; sí, volveré. Luego, más tarde. ¿Quieres?

PEDRO. No. Podría regañarte tu señora. No vengas, Nena.

NENA. ¿No quieres ni verme? ¡Tal vez algún día te acuerdes de la pobre Nena! Adiós, Pedro.

PEDRO. Adiós.

NENA. *Aparte, marchando.* ¡Quiere a otra!.. *Mutis por el foro derecha.*

PEDRO. ¡Pobre chiquilla! ¡Me ha impresionads. ¡Bah, ya me olvidará! Pero la verdad es que no debe jugarse con el cariño. Nena sufre de veras, como sufriría yo si Laura... No quiero pensarlo. No es posible que suceda.

EL MARQUÉS. *Saliendo del hotel.* ¿Qué haces, Pedro?

PEDRO. Esperando por si se le ocurre algo al señor.

EL MARQUES.—Nada. Voy a pasar un instante a casa de mi hermana. Pronto regreso.

PEDRO. ¿No va la señorita?

EL MARQUÉS. No. Dijo que estaba cansada y se ha quedado escribiendo a su abuelita. Me encargó te dijese que se ha desprendido la enredadera de su ventana, y que no quiere verla mañana sin colocar.

PEDRO. La colocaré esta noche.

EL MARQUÉS. Es un capricho como todos los suyos; pero hay que darla gusto. Niña mimada, Pedro. No sé cómo tienes paciencia con ella.

PEDRO. Es tan buena como alegre.

EL MARQUÉS. Pero es muy caprichosa. Con igual afán toma una cosa que la deja. En fin, mejor que nadie la conoces tú, que no te separas de su lado.

PEDRO. Ya cambiará.

EL MARQUES. Hora es de que se formalice... Bueno, me marcho. No olvides el encarguito.

PEDRO. Pronto lo arreglo.

EL MARQUÉS. *Saliendo por el foro.* ¡Qué chiquilla!

PEDRO. Se queda en su cuarto, y ese pretexto de la enredadera es para que yo acuda en seguida. Pero las últimas palabras del señor se me han clavado en el alma... «Con igual afán toma una cosa que la deja.» ¿Jugará con mi cariño?

EL TÍO GAÑOTE. *Por donde se fué.* Vamos, ya te veo pensando en la chica.

PEDRO. ¿En la chica?... En la otra, padre.

EL TÍO GAÑOTE. ¿En qué quedamos?

PEDRO. Es verdad. Nada sabe usted de lo que ocurre. Cuando lo sepa...

EL TÍO GAÑOTE. Si no me lo ices...

PEDRO. Sí. Es preciso. En alguien tengo que depositar mi secreto; y ¿en quién mejor que en mi padre? Escuche usted.

EL TÍO GAÑOTE. Que ya'scucho, recontra; pero arremata, que me pones en cuidiau.

PEDRO. Estoy enamorao de la señorita Laura.

EL TÍO GAÑOTE. *Serio y con afán.* ¡Rechufla! Pero ¿eso es cierto?

PEDRO. Cierto.

EL TÍO GAÑOTE. ¿Y ella?

PEDRO. Me quiere también.

EL TÍO GAÑOTE. ¡Disgraciau!... ¡Tanto comu has aprendido, y no sabes que eso no pué sel! ¡Qués la disgracia de todos!

PEDRO. Padre, ¿y yo qué le voy a hacer? Ella ha sido la causante de todo, y mi corazón ha llegado a ser suyo y ya no puedo retroceder. Siempre juntos, escuchando sus frases cariñosas, sosteniendo su cuerpo al descender de los árboles, estrechando sus manos para saltar zanjas y

riscos, respirando su aliento... ¿quién, padre, no se entrega?

EL TÍO GAÑOTE. Pedro, hijo mío, has labrau tu disgracia.

PEDRO. ¡Desgracia! ¿Usted cree...?

EL TÍO GAÑOTE. Que too eso es una soñera; y como la señorita en cuanto que no te vea ya no s'alcuerdará de tú, serás tú el que pierdas.

PEDRO. Padre, si ella me quiere.

EL TÍO GAÑOTE. Ella no te quiere pa sel tu mujer, polque no pué querete. Vino a este pueblo acostumbradica a la vida de Madril, ande cá cosa es un antojo, y necesitaba algo pa entretenese, y te cogió a tú como se coge a un muñaco de esos que se les apreta el estomágo y chocan las tapadericas. No tenía otro más a máno que tú... Después se cansará, y el muñaco... a un rincón.

PEDRO. Me hace usted mucho daño, padre.

EL TÍO GAÑOTE. La verdad es como el ajenjo del campo: amarga mucho; pero pué cural. Hay que icíselo al señor marqués.

PEDRO. ¡No, padre; no diga usted nada! Esperemos.

EL TÍO GAÑOTE. Cá vez será más dificultoso retirate del peligro. Pedro, créele a tu padre, que, aunque rudo, tié esperencia y no es un troncho.

PEDRO. Cuanto haga usted será inútil..., inútil.

Sale de prisa por la izquierda segunda.

EL TÍO GAÑOTE. ¡Disgraciu! Ahura sé por qué penaba; ahura entiendo las horas que pasaba en ese jardín *Señalando a la izquierda segunda* y sus cantás con la guitarra, que a todos nos paicían antojos de la señorita y'eran congojas dél...

Se oye dentro el rasgueo de la guitarra y la voz que figura ser la de Pedro, que canta.

VOZ. Tras de mucho padecer
muere un hombre de dolor,
y es la causa una mujer
por jugar con el amor.

Cesa la voz, y dice con tristeza:

EL TÍO GAÑOTE. Por jugar con el amor. Es verdad. Un engaño es lo c'hace esa chiquilla con mi probe Pedrillo. ¡Malditas mujeres!...

EL MARQUÉS. *Por el foro.* ¿Qué haces, buen Gañote, tan meditabundo? Ya sabes lo del gran filósofo: «El que duerme, vive porque no padece. El que piensa, muere porque sufre».

EL TÍO GAÑOTE. Tié usté razón.

EL MARQUÉS. Y dime, ¿qué te preocupa?

EL TÍO GAÑOTE. Mi Pedro, que no paice el mesmo. No come, suspira, sueña gritando... No sé lo que tiene.

EL MARQUÉS. Nada. Alguna que le ha entrado por el ojo derecho, y eso es todo. ¡Maldito amor, Gañote!... Pero no temas. El año que viene ha de ir a servir al rey, y todo eso pasará.

EL TÍO GAÑOTE. Quizabe sea así.

EL MARQUÉS. Pero ¿quién puede ser la moza causante de su tristeza?

EL TÍO GAÑOTE. *Como dudando para decir la verdad.* No puedo icíselo.

EL MARQUÉS. ¿Cómo?

EL TÍO GAÑOTE. Que no puedo... acertalo.

EL MARQUÉS. Pedro no va al pueblo... Pero, calla, ¡qué tontos somos! Luisa, la doncella de mi hermana...

EL TÍO GAÑOTE. Pué sel.

EL MARQUÉS. Sin duda. La tenemos en casa

y no dábamos en ello. Pues mira, no me parece mal. Es juiciosa, guapa, honrada...; en fin, un partido.

EL TÍO GAÑOTE. ¡No digo que no! *Distraído.*

EL MARQUÉS. Pero ¿qué cara es esa? Algo te ocurre que me ocultas.

EL TÍO GAÑOTE. Ná, señor. El pensar que Pedro pena m'hace penar a mí. ¿Y cómo ha güelto usté tan prontico?

EL MARQUÉS. Estaba cansada mi hermana y se ha acostado. Yo voy a dar una vuelta por el jardín antes de encerrarme. Está la noche deliciosa.

EL TÍO GAÑOTE. *Aparte.* ¡Dios mío! *Alto.* Mejor pasiará usté por la güerta, ¿no?

EL MARQUÉS. No. En el jardín hay flores y se disfruta más. Tal vez Pedro ande por allí enredado en la enredadera...

EL TÍO GAÑOTE. Me paice que sí. (¡No es mal enredo!)

EL MARQUES. Nada, Gañote, no te preocupes. *Vase por la izquierda.*

EL TÍO GAÑOTE. Ahura los pesca. Mejor. Así s'arrematará esto.

NENA. *Por el foro.* Señor Gañote...

EL TÍO GAÑOTE. ¿Ande vas, Nena? ¿Hay novedá?

NENA. No. La señora duerme. Luisa charla con Ribazo, y yo, sin que me vean, vengo a decirle a usted que Pedro no me quiere.

EL TÍO GAÑOTE. (Otra que tié su espina.)

NENA. Ha jugado con mi cariño.

EL TÍO GAÑOTE. También con el suyo juegan, y así penáis y hacis penar a los que bien sus quieren.

NENA. Yo no olvidaré jamás a Pedro.

EL TIO GAÑOTE. Eso dices; pero eres mucho jovena y t'olvidarás ansina que no lo veas.

NENA. ¡No podré olvidarle!

PEDRO. *Por el foro izquierda con el Marqués.* Perdón, señor Marqués.

EL TÍO GAÑOTE. *Aparte.* Ya lo sabe.

NENA. *Aparte.* ¿Qué será? *Se retira al fondo.*

EL MARQUÉS. No tengo que perdonarte. Escuché vuestra conversación y comprendí al momento que mi hija te había tomado por uno de sus entretenimientos de niña sin comprender el daño que causaba. ¡Pobre Pedro!

EL TÍO GAÑOTE. Señorito, yo hi sabido esta mesma noche lo que pasaba; se lo quise icir a usté y... se m'atascó la palabra por detrás de la nuez.

EL MARQUÉS. Tú, Gañote, comprendiste también la gravedad del caso y temiste tal vez mi enojo... Eres padre como yo; sé el cariño que me profesas y comprendo tu situación... *Se acerca el marqués a la puerta del hotel y llama:* Laura, Laura.

LAURA. Ya bajaba. *Recelosa.*

EL MARQUÉS. Veo, hija mía, que te contagió el ambiente de tu madre. Como ella, veleidosa, informal, no comprendías que despedazabas un corazón que se hizo para querer, no para servir de entretenimiento a los caprichos de una chiquilla.

LAURA. Mira, papá...

EL MARQUÉS. Calla. No comprendes el mal que has hecho. ¿Es verdadero tu cariño? ¿Ves en Pedro el compañero de tu vida? Contesta...

LAURA. Yo... *Sin fijeza.*

EL MARQUÉS. ¿Te convences? Esa duda es una triste confesión. Si estuvieras apasionada

por Pedro, ya habrías caído de rodillas con él ante mí, no pidiendo perdón, pues el amar no es delito; sí pidiendo mi bendición paternal. Pero todo ello es un capricho, un devaneo, de cuyas consecuencias soy el primer culpable.

PEDRO. Señor marqués, usted no...

EL MARQUÉS. No pensé que del compañero de tus juegos hicieses una víctima. Porque has interesado su corazón y le has engañado. El ha seguido adelante teniendo dudas, pero alimentando esperanzas, y se ha dejado arrastrar para morir, como la mariposa, en la luz.

EL TIO GAÑOTE. ¡Es verdá!

EL MARQUES. Por jugar con el amor has destrozado un alma de niño. No mereces perdón. Y aunque él diga que te perdona no podrá hacerlo, porque las heridas del corazón destilan amargura y no pueden cicatrizarse. Ahora me acompañarás a casa de tu tía, donde pasarás la noche, y mañana te llevaré a Madrid, ingresarás en un convento y en él estarás hasta que yo disponga.

LAURA. Pero, papá...

EL MARQUÉS. Silencio. Han terminado mis debilidades. Creía que tu compañía sería el antídoto de mis amarguras y las aumenta... Tú, pobre Pedro, perdónala. No te quiere. Si te quisiera sería tuya; yo te lo juro. Pero sin amor no hay dicha. Nada puedo hacer para consolarte.

PEDRO. Gracias, señor marqués. Yo no puedo ser feliz. Iré soldado y buscaré la muerte, único fin de mi dolor.

EL TÍO GAÑOTE. ¡Hijo mío!

EL MARQUÉS. Vamos; salgamos de aquí. Gañote, dispón el coche para la madrugada... Y procura dominarte. Siempre eres mi hermano...

Pedro, abrázame... Adiós.

PEDRO. Adiós, señor Marqués.

Vase Laura con la cabeza baja, y detrás, el marqués.

EL TIO GAÑOTE. Amor..., amor... *Muy afligido.*

PEDRO. *Limpiándose las lágrimas y sentándose abatido.*

Tras de mucho padecer
muere un hombre de dolor...
Fué la causa una mujer,
por jugar con el amor.

Nena, que se había acercado a Pedro, llorosa, se arrodilla ante él, y cogiéndole una mano, repite:

¡Por jugar con el amor!

TELÓN PAUSADO

ACTO TERCERO

Salón elegante en casa de los Marqueses, en Madrid. Muebles lujosos. Mesita con servicio de te para cuatro personas. En primer término izquierda, puerta que conduce a las habitaciones de la Marquesa; y en segundo, puerta que conduce al despacho del Marqués. En segundo término derecha, puerta que conduce a otras habitaciones de la casa. Al foro, chaflán, del que parte un pasillo de cristales, en cuyo fondo se ve el jardín. Por el chaflán se va a la calle. En el primer término de la derecha, un *vis a vis*.

Es por la tarde. En verano. Un año después del segundo acto.

La Marquesa, el Marqués, Laura y Julio aparecen en escena acabando de tomar el te.

JULIO. Bueno. Esto ya se ha terminado.

EL MARQUÉS. La verdad es que no hemos podido celebrar más tranquilamente la petición de mano y, a la vez, el cumpleaños de Laura... ¿Se va usted?

JULIO. Sí, señor.

LAURA. *A Julio.* ¿No tardarás?

JULIO. Unos instantes; los que invierta en pasar a mi casa.

LAURA. Entonces te aguardaremos para dar una vuelta...

JULIO. No os haré esperar. *A la Marquesa.* Marquesa, hasta ahora.

LA MARQUESA. Adiós, Julio.

JULIO. Adiós, Marqués.

EL MARQUÉS. Adiós.

Vase Julio por la puerta del chaflán.

LA MARQUESA. *A Laura.* Qué, ¿estás satisfecha de tu novio? ¿Le quieres mucho?

LAURA. Sólo llevamos dos meses de relaciones, y ya comprenderás, mamá, que no es mucho tiempo para sentir una gran pasión, ni mucho menos.

EL MARQUÉS. Tienes razón, Laura. En dos meses apenas hay tiempo para saludarse.

LA MARQUESA. Según... *Con intención.*

LAURA. Voy a concluir de arreglarme mientras regresa Julio.

LA MARQUESA. Luego iremos nosotros.

LAURA. A ver si nos hacéis esperar una hora...

EL MARQUÉS. No te apures, chiquilla, que seremos puntuales.

Vase Laura por primer término izquierda, y se sientan los Marqueses.

EL MARQUÉS. Bueno, ¿y qué te parece el novio de Laura? ¿Sigues firme en tu criterio?

LA MARQUESA. ¿Qué motivos hay para que lo modifique?

EL MARQUES. Es que, con el trato, van conociéndose lo defectos y las virtudes de las gentes.

LA MARQUESA. Pues en esta ocasión, si hubiera de cambiar de parecer, sería en favor de Julio, del prometido de Laura. Cada vez me encanta más su trato. Es un cumplido caballero, además de ser guapo y afable. Sobre todo, parece que quiere mucho a nuestra hija.

EL MARQUÉS. ¡Cómo ha cambiado ella en estos meses de encierro!

LA MARQUESA. Igual hubiera cambiado en casa. Lo que hizo con aquel muchacho fué una ligereza de chica.

EL MARQUÉS. Sin embargo, yo creo que algunas veces sueña con él.

LA MARQUESA. Te repito que una ligereza; como ligereza fué lo que yo hice, y ligereza tu proceder.

EL MARQUÉS. No recuerdes, María, lo que, por fortuna, ya pasó.

LA MARQUESA. Es que me cuesta trabajo olvidar la dureza con que me trataste. ¿Que yo distinguía al barón? Tu conducta con él me obligaba. Le querías como a tu mejor amigo; no sabías vivir sin él, y yo creía darte gusto teniendo para tu amigo distinciones que no hubiera tenido a no ver en ti la predilección que por él manifestabas.

EL MARQUÉS. Pero cuando yo salí de esta casa debiste tú haber dejado el trato del barón.

MARÍA. Es que heriste mi amor propio con tus ridículos celos y quise mortificarte... Pero nada grave ocurrió.

EL MARQUÉS. En fin. No pensemos más en ello. Por fortuna, ya estamos reunidos, y...

LA MARQUESA. ¡Y cuántas cosas han pasado en estos dos meses!

EL MARQUÉS. Es verdad. La marcha de mi madre y de mi hermana a Suiza...

LA MARQUESA. Luisa sintió separarse de ellas, pero no se atrevió a ir tan lejos.

EL MARQUÉS. Por eso la traje aquí.

LA MARQUESA. Y yo estoy muy satisfecha de su servicio. Lo que me produjo gran pesar fué la muerte de la Nena... ¡Pobrecilla!

EL MARQUÉS. No quiso separarse de su señora, y ya viste qué pronto murió de tristeza.

LA MARQUESA. Oye, ¿me dijiste que Pedro estaba en Madrid?

MARÍA. Sí; se empeñó en que lo destinasen a uno de los regimientos de aquí, y llegó hace un mes. Lo que me extraña es que no haya venido a casa.

LA MARQUESA. Temerá encontrarse con Laura.

EL MARQUÉS. El pobre chico creyó que era amor lo que sólo era un pasatiempo de nuestra hija y se interesó de veras. Si no llego a separarlos, no sé lo que sucede.

LAURA. *Por el foro.* ¿Es que vamos a quedarnos en casa?

LA MARQUESA. No es tarde, mujer.

LAURA. Claro, para ti no es tarde.

EL MARQUÉS. Si yo fuera aficionado a los chistes, te diría que todavía no es verano.

LAURA. ¿Por qué?

EL MARQUÉS. Porque no ha llegado Julio.

LAURA. ¡Bien, papaíto; bien! Lo que no estará bien será que le hagamos esperar. Yo ya estoy vestida. Sólo me falta el sombrero. *Dejando sobre una silla el sombrero que saca en la mano.*

LA MARQUESA. Voy a arreglarme yo.

LAURA. Sí, que tardas un semestre. Y tú, papá, ¿no vienes?

EL MARQUÉS. Iré.

LAURA. Pues anda y avíate. Yo os espero aquí leyendo.

LA MARQUESA. ¿Saldremos en el auto?

EL MARQUÉS. Ya debe de estar ahí.

LAURA. Bueno, bueno; daos prisa.

EL MARQUÉS. Ya vamos. ¡Jesús, qué chica!

Entra el Marqués por izquierda segunda, y La Marquesa por izquierda primera.

LAURA. Leeré hasta que llegue Julio.

Se sienta a leer unas revistas. A los pocos mo-

mentos aparece Julio por la puerta del chaflán; se para y contempla sonriente a su novia.

LAURA. Oye, Julio, tengo que decirte una cosa: Nuestras relaciones se han formalizado y deseo enterarte de un detalle de mi vida.

JULIO. *Con guasa.* ¡Hola! Me pones en cuidado.

LAURA. No lo tomes a broma, que es cosa seria. Verás: El año pasado estuve una temporada en nuestra torre de Aragón. Allí, por entretenimiento, enamoré a un pobre muchacho, hijo del sobrestante de la finca. Creyó en mi cariño, y llegó a interesarse de veras. Pues bien: enterarse mi padre y traerme a Madrid, todo fué uno. Y el castigo consistió en tenerme varios meses encerrada en un convento cantando motetes y haciendo rosquillas.

JULIO. ¿No es más que eso?

LAURA. Es que Pedro, pues Pedro se llama el enamorado joven, dijo que me perdonaba; pero leí en sus ojos que no podría olvidar la burla.

JULIO. No te preocupes. Te habrá olvidado ya.

LAURA. No lo creas. Esas heridas no se cicatrizan fácilmente. Ahora lo comprendo y me arrepiento de lo que hice.

JULIO. ¿De lo que hiciste?... Bueno, pero la ausencia y la distancia...

LAURA. Es que Pedro está en Madrid.

JULIO. No importa. Nada intentará...

LAURA. Quién sabe. Ayer vió a Luisa, la doncella, y la dijo que tenía que hablar conmigo. Yo no he querido decir nada a mis padres hasta que te enterases tú.

JULIO. Repito que no te preocupes. Alimentará todavía la ilusión que le hiciste concebir;

pero cuando vea que vas a casarte, se conformará. ¿Qué va a hacer?

LAURA. No sé por qué temo...

JULIO. No seas niña. Querrá ejercitar el derecho del pataleo; pero todo quedará en nada.

LAURA. ¡Es tan peligroso jugar con el amor...!

JULIO. Te ruego que no te acuerdes de ello, ni digas nada a tus padres.

LAURA. *Aparte.* ¡Pobre Pedro! ¿Por qué no le podré olvidar?

LA MARQUESA. *A Julio.* ¿Hace mucho que ha llegado usted?

JULIO. Un instante.

LAURA. ¿Y papá?

EL MARQUÉS. Aquí está papá. ¿Qué, nos vamos ya?

Se pone el sombrero Laura.

JULIO. Ustedes ordenan.

LA MARQUESA. Pues en marcha. *A Julio.* ¿Ha visto usted si está el auto?

JULIO. En la puerta espera...

EL MARQUÉS. ¿Y qué tal está la tarde?

JULIO. Mucho viento.

LAURA. ¿Iremos a la Castellana?

EL MARQUES. Vosotros dispondréis.

LAURA. Vámonos.

Sale Laura delante; detrás, Julio.

EL MARQUÉS. *A María.* No hacen mala parejita...

LA MARQUESA. Bastante mejor que nosotros... *Llamando.* Luisa...

LUISA. *Por primera derecha.* Señora.

LA MARQUESA. Nos marchamos. Tenga cuidado si viene alguien.

LUISA. Descuide la señora. *Vase María, y detrás el Marqués por la puerta-chaflán, y Luisa mira*

por los cristales figurando ver en la calle a Laura y Julio. Bonita pareja. *Avanza a primer término.* ¡Si la viera el pobre Pedro!... Pero ¿cómo se enamoraría tan locamente, sabiendo que no había de casarse con ella? ¡Qué tontos son algunos hombres! ¡La gran vida! Comer, dormir, el auto, el teatro... todo de sobra. Después se casan, y eche usted joyas, y sedas, y banquetes, y baile, y muebles magníficos, y una cama que parece una plaza de toros... salva la comparación. En cambio, los pobres... ¡vaya una boda! Un traje de fular y, por lo regular, arregladito de otro de la madre; unos pendientes de brillantes finos de a peseta el par; un arroz a la valenciana en la Bombi, donde todo se reduce a gritar: *Remedando.* «¡Vivan los novios!...» Dos chotis, dos chatos... y a la guardilla de referencia, donde por milagro encontramos cuatro sillas sin asiento ni respaldo, cuatro cazuelas de mal fondo y un catre con vigilantes chiquititos, pero molestos, y con tablas que, al querer dar una vuelta, se clavan en los riñones... En fin... ¡qué se le va a hacer!... De todo ha de haber en el mundo. *Voz dentro.*

LUISA. *Mirando.* ¿Quién viene? *Figurando ver a Pedro.* ¿Eres tú? Pasa, hombre; pasa.

PEDRO. *Entra serio, vestido de soldado de Ingenieros.* Ya sé que no están.

LUISA. Sí, han salido hace poco.

PEDRO. Los he visto. Esperaba la ocasión para ver si era cierto...

LUISA. ¿Cierto, qué?

PEDRO. Que otro hombre la acompaña; que no se acuerda de mí; que todo fué una burla... *Todo con amargura.*

LUISA. Pero, chico, ¿te dura la chifladura todavía?

PEDRO. ¡Chifladura! No, Luisa. Es más, es locura verdadera. Un año ha pasado, y sigue en mi corazón la herida tan fresca como el triste día que la recibí. Hice cuanto pude por olvidar a Laura. Inútil empeño. Su imagen me seguía siempre. Por la noche me colocaba debajo de su ventana y me hacía la ilusión de que me escuchaba ella. Por el día visitaba los sitios que ella solía frecuentar; creía tenerla a mi lado, estrechar sus manos entre las mías. *Con energía.* Y tanto las oprimía en mi loca ilusión, que al convencerme de la realidad de su ausencia veía que mis uñas se habían clavado en las palmas de mis manos, y lloraba, lloraba mucho, porque de no llorar me hubiese ahogado.

LUISA. ¡Pobre Pedro! *Con lástima.*

PEDRO. Sí que soy digno de lástima. Dicen que la ausencia causa olvido, pero yo me atengo a la copla:

«El amor en la ausencia es como el aire,
que apaga el fuego chico y aviva el grande.»

LUISA. ¿Y qué piensas hacer?

PEDRO. No lo sé. Algunas veces me pienso vengar matándola y matándome. Pero en seguida se me representa la figura del Marqués, tan bueno para mí, tan justo, tan cariñoso... y abandono la idea de la venganza. Entonces intento olvidarla, pero no puedo; y así, en lucha con mis pensamientos, paso los días arrastrando una vida cruel.

LUISA. ¡Sí que eres digno de compasión!

PEDRO. Hasta hoy había alimentado una esperanza; hoy al ver a Laura acompañada de otro hombre más afortunado que yo, pero con menos derecho, sí, con menos derecho, esa espe-

ranza se ha desvanecido y no sé lo que pasa por mí.

LUISA. ¿Por qué no aceptas el ofrecimiento del señor Marqués de pagar un sustituto, soltar el chopo y marchar al lado de tu padre? Allí al menos no la verías.

PEDRO. ¡Marcharme! No; no puedo.

LUISA. ¿Y piensas ver a la señorita?

PEDRO. Ahora no. Traigo una carta para ella. Y después que la lea... veremos. Espero que me harás el favor de entregársela.

LUISA. ¿Y por qué no? Tráela, y así que regrese de la calle se la daré. Yo cumplo, y en paz.

PEDRO. *Dando una carta cerrada a Luisa.* Toma. Si está el novio, mejor.

LUISA. Siempre pasa un ratito aquí después del paseo; así es que haré entrega de la carta delante de todos, ¿eh?

PEDRO. Gracias, Luisa. Ahora me marcho, no me encuentre con ellos.

LUISA. No es fácil. Han salido hace poco. De todos modos, sal tú por el jardín y así no puedes temer que te vean.

PEDRO. Si algo tuvieras que comunicarme, ya sabes dónde me has de encontrar.

LUISA. No olvido las señas que me diste. Cuartel de Ingenieros. Está muy cerca.

PEDRO. Adiós, Luisa.

LUISA. Adiós, Pedro. Por aquí, a la derecha. *Señalando desde la puerta del chaflán el pasillo de cristales.* La puerta del jardín tiene la llave puesta por dentro; deja abierto, que no importa.

PEDRO. Adiós. *(Sale; atraviesa el pasillo a la vista del público, puesto que es de cristales el foro, y desaparece por la izquierda.)*

LUISA. ¡Pobrecillo! ¡Y yo que creí que los

amores con la misma facilidad que venían se largaban!

Suenan voces dentro. Luisa, al oírlas, se acerca a la puerta del chaflán.

EL TÍO GAÑOTE. *Dentro.* A ver si rompes algún espejico con la caeza.

LUISA. ¿Qué es esto? ¿Ustedes aquí?

Aparecen Gañote y Ribazo con alforjas y varas.

EL TIO GAÑOTE. Pus ahí ties tú lo que son las cosas. En Madril.

LUISA. ¡Ribazo!

RIBAZO. Ribazo, el mesmo.

LUISA. ¡Qué sorpresa!

RIBAZO. Pus aguarte, maña, que es más grande la qui ti priparo yo.

LUISA. ¿Otra?

RIBAZO. Pus ná, que vengo a por tú pa que nos casemos.

LUISA. ¿Así, de sopetón?

RIBAZO. De pesetón u como sea. ¿Te pá tú que m'ha e pasal como a mi helmanico Pedro? ¡Quiá! ¿Tú estás comprometida con mí? Pus nos casamos u te dejo el caletre abollao d'un jetazo. De un jetazo definitivio, como dice nuestro parróco.

LUISA. Sí, hombre, sí. Yo te quiero y todo llegará.

EL TÍO GAÑOTE. ¿Y los siñores?

LUISA. De pindongueo. Pero estoy atónita.

EL TÍO GAÑOTE. No sé qué es eso. Pero, en fin, estáte como quieras... y deja que nos asentemos.

Se van a sentar en el «vis a vis» y no aciertan, dando vueltas alrededor del mueble.

RIBAZO. Esto no debe sel pa sentase.

LUISA. Siéntense aquí.

Les indica sillas y se sientan; pero se levantan en seguida para mirar con detenimiento el «vis a vis», dándole vueltas e intentando partirlo, y con cara estúpida que demuestra su extrañeza. El tío Gañote se sienta después y lía un cigarro que fuma a grandes chupadas cuando se diga.

LUISA. ¿Y han llegado hoy?

EL TÍO GAÑOTE. Hace poquico. Ya himos estau en un cafere.

RIBAZO. En el de «Levántese»...

EL TÍO GAÑOTE. Himos dau una güeltica por la pueblación y aquí nos tiés de cuerpo presente.

LUISA. Y, claro, vienen a ver a Pedro.

EL TÍO GAÑOTE. Es natural. ¿A quí habíamos de vinil a estas horicas? *Fuma.*

LUISA. Por Dios. no fume usted aquí, que la señorita tiene advertido que no se fume en esta sala. Para eso está el gabinete de fumar. *Da una gran fumada el tío Gañote.*

EL TÍO GAÑOTE. Miá tú qué causalidad: hacía que no fumaba yo lo menos dos años, pol que me hacía tosel. *Otra fumada grande.*

LUISA. Pues tire el cigarro; haga el favor, que luego los reniegos son para mí.

EL TÍO GAÑOTE. Y eso será porque causa prejuicios a los muebeliarios, ¿no? *Otra fumada.*

LUISA. Yo no sé por lo que será; pero la orden es terminante.

RIBAZO. Será pol que tosiquiarán las siñoras. *Otra fumada, repetida, del tío Gañote.*

LUISA. ¡Por amor de Dios, que se pone esto imposible!

EL TÍO GAÑOTE. Tiés razón, ¡qué repaño! No quiero que te renieguen. *Varias fumadas.* Toma, maña. *Le da la colilla.*

LUISA. ¿Y para qué quiero yo la colilla?

EL TÍO GAÑOTE. Pa que la tires, no ti rinieguen.

RIBAZO. A no sel que la quiás gualdal como ricuerdo del suegro. *Toma Luisa la colilla y, tirándola por la puerto del chaflán, dice:* ¡A buena hora!

EL TÍO GAÑOTE. ¿Y qué sabes de Pedro?

LUISA. Hace un momento que ha estado aquí.

EL TÍO GAÑOTE. Pero ¿viene aquí Pedro?

LUISA. Es la primera vez desde que está en Madrid.

EL TIO GAÑOTE. ¿No olvida a la señorita, pues?

LUISA. Yo creo que ahora la quiere más.

EL TÍO GAÑOTE. ¡Malo! En tanto tiempo no olvidala... Y sigún m'escribía el amo, tié novio la señorita Laura.

LUISA. Y muy guapo. Ya lo verá usted.

EL TÍO GAÑOTE. Poquica gracia m'hará; porque al fin mi Pedro pena por ella; aunque, bien mirau, el novio no tié la culpa. *Se levanta.* En fin, voy a vel a m'hijo.

LUISA. ¿Sabe usted las señas?

EL TÍO GAÑOTE. Me las icía en la úrtima carta que mandó. Rigimiento d'inginieros, cuartel del Monte.

LUISA. Será de la Montaña. Está a cuatro pasos de aquí.

EL TÍO GAÑOTE. Pus voy a vel si l'oncuentro. Güelvo enseguida.

RIBAZO. Yo me queo.

EL TÍO GAÑOTE. Güeno, desquítate. *Porque hable con Luisa.*

LUISA. Y ¿no se perderá usted?

EL TÍO GAÑOTE. ¡Anda! Si sé Madril mejol quel ray. ¿No ves que vinía toos los años a pasal cuentas con el amo?

LUISA. A ver si le atropella un cangrejo.

EL TÍO GAÑOTE. ¡Un cangrejo!... ¿Pus de qué grandor son aquí esos animalicos...? Vaya, vaya, di quiá luego.

LUISA. No tarde, que volverán pronto los señores.

EL TÍO GAÑOTE. Pronto doy la güelta. *A Ribazo y Luisa.* A ver si sus esbarizáis.

LUISA. Descuide usted. *Sale Gañote por la puerta del chaflán.*

RIBAZO. Güeno, pardala; y'astamos solicos.

LUISA. Tú dirás.

RIBAZO. Pus digo que nos ajuñimos en seguida: primero, porque ya es hora. Dimpués, porquestamos yo y mi padre malejamente solos; y más dimpués... porque me da la gana.

LUISA. Bien, hombre; ya sabes que hace un mes, cuando te escribí, te decía que podías disponerlo para cuando te pareciese.

RIBAZO. ¡Ah! Me icías eso, ¿eh?

LUISA. Pero ¿no leíste la carta?

RIBAZO. Tanto como leyela... me paice que no. Como yo no sé de letura, no me dió la gana de que s'anterase naide de lo que me icías, y como piensaba venil, la guardé cerradica por si icía algo urgente... y aquí la traigo pa que me la leyas tú. *Sacando de la faja una carta cerrada.*

LUISA. ¡Pero, hombre! Eres... incomprensible, por no decirte otra cosa.

RIBAZO. Pus mira, dime la otra cosa, pol que lo de comprensible no lo comprendo.

LUISA. Dios mío, ¡qué hombre! Di que te ten-

go cariño y que eres bueno; pero a veces me pones más nerviosa...

RIBAZO. Pus si no haciendóte nada te pones niervosica ¿cómo te pondrás cuando t'haga una carantoña?

LUISA. Hay que dejarte. ¡Tienes una pachorra!...

RIBAZO. ¿Pachurria?... ¿Y qué es eso?

LUISA. Nada, que contigo se gana la gloria.

RIBAZO. ¿Erdá que sí, pardalica? *Abrazándola.*

LUISA. Estáte quieto.

RIBAZO. *Sin retirar el brazo de la cintura de Luisa y quedando inmóvil.* Ya m'estoy.

LUISA. Pero quita el brazo.

RIBAZO. Si lo quito, no m'estoy quieto.

LUISA. Ya vienen los señores.

RIBAZO. Pus amos d'aquí; c'hasta que no venga mi padre no quió que me vean.

LUISA. Bueno, entra por aquí.

RIBAZO. Anda tú delante, cebollica en dulce. *Entran por primera derecha, dando Ribazo unos cuantos empujones a Luisa.*

Aparecen por el foro Laura, los marqueses y Julio.

Las señoras se quitan los sombreros.

LAURA. ¡Qué fastidio cuando se ponen las tardes así!

EL MARQUÉS. Eso de no poder andar por el aire...

LA MARQUESA. ¿Cómo andar por el aire?

EL MARQUÉS. Por causa del viento; por eso he preferido que regresáramos. *La Marquesa toca el timbre.* Aquí estamos mejor.

JULIO. En efecto, más tranquilos.

LUISA. *Por derecha primera.* ¿Llama la señora?

LA MARQUESA. Recoja esos sombreros. *Por los que se quitaron.*

Laura y Julio sentados a la derecha y frente al público y el Marqués a la izquierda. Luisa recoge los sombreros.

EL MARQUÉS. *A Luisa.* ¿Ha venido alguien?

LUISA. Sí, señor. Esta carta han traído para la señorita Laura.

LAURA. ¿Para mí?

LUISA. Para usted.

LAURA. Venga. *Luisa entrega la carta a Laura, y con los sombreros vase por izquierda 1.º* ¿De quién podrá ser?

LA MARQUESA. Pues leyéndola saldremos de dudas.

LAURA. *Abre la carta, ve la firma y dice aparte*: ¡Dios mío! *Queda pensativa.*

JULIO. Lee, mujer. *Duda Laura.*

EL MARQUÉS. Hija, ni que fuera una sentencia de muerte.

LAURA. Es de Pedro.

LA MARQUESA. ¿De Pedro?

LAURA. Sí.

LA MARQUESA. Pues sepamos lo que dice.

LAURA. No. Es mejor no leerla.

JULIO. ¿Por qué?

LAURA. Porque este Pedro es el de mi aventura de la torre.

JULIO. Mayor razón para saber lo que dice.

LAURA. Leeré. *Leyendo en voz alta.* «Laura: Destrozó usted mi corazón y ha entregado el suyo a otro hombre. Me pertenece a mí solo y he de arrebatarlo.—*Pedro.*»

EL MARQUÉS. No le falta razón; pero es una locura.

JULIO. Marqués, usted comprenderá que este asunto es mío sólo...

LAURA. ¡Por Dios, Julio!...

LA MARQUESA. Mejor es no hacer caso.

EL MARQUÉS. Pedro es un muchacho noble y cariñoso, que a mí me atiende siempre. Yo le hablaré.

JULIO. Vuelvo a insistir, Marqués, en que me permita ser yo quien resuelva...

LAURA. No. Yo le ofendí; yo le causé el daño, y debo ser yo quien le hable.

JULIO. Eso es una temeridad.

EL MARQUÉS. Nada, nada; ruego a ustedes que no se ocupen por ahora de este asunto.

Sale Luisa de dejar los sombreros, con intención de hacer mutis por derecha, y se detiene al oír la voz del Marqués.

EL MARQUÉS. Luisa.

LUISA. Mande el señor.

EL MARQUÉS. ¿Quién trajo la carta?

LUISA. El mismo Pedro.

EL MARQUÉS. ¿Dijo algo?

LUISA. Que se le entregase a la señorita Laura.

EL MARQUÉS. Está bien.

LUISA. El que está en casa es Ribazo.

EL MARQUÉS. ¿Ribazo?

LUISA. Sí, señor. Ha venido con su padre.

MARÍA. Pero ¿sin avisar?

EL MARQUÉS. Dile que pase. *(Mutis por la derecha, primero, Luisa.)*

LAURA. *(A Julio.)* Es el hermano de Pedro.

JULIO. Deseo conocerle.

LUISA. *(Seguida de Ribazo.)* Aquí está.

(Queda Ribazo en la puerta y Luisa hace mutis por la derecha, primero.)

EL MARQUÉS. Ribazo, ¿qué es esto? *(Con cariño y satisfacción.)*

RIBAZO. Ná, siñol; a vel a ustés.

LAURA. Pero, hombre, podíais haber avisado.

EL MARQUES. ¿Y dónde está tu padre?

RIBAZO. Se jué a vel a mi hermanico. *(Ribazo mira con intención a Julio.)*

EL MARQUÉS. Deseo ver a ese reservón para ajustarle las cuentas.

EL TÍO GAÑOTE. *(Después dc haber entrado por la puerta del chaflán.)* ¿Se pué entrar?

EL MARQUÉS. Ven acá, ingratazo. *(Se levanta el Marqués y se abraza con Gañote.)*

EL TÍO GAÑOTE. Un poquico, señor. Y ahura... güenas tardes a toos.

LAURA. Pero tú, Ribazo, ¿cómo por Madrid? *(El Marqués habla con Gañote.)*

RIBAZO. Pus ya pué usté vel, siñorita... a casame.

LAURA. ¿A casarte?

RIBAZO. Sí, siñora. A casame con la Luisa; me dió palabra y me la cumple. *(Con intención.)* Con mí no se jueba.

LA MARQUESA. Pero, Gañote, es imperdonable el no avisarnos.

EL TÍO GAÑOTE. Qué q'uiusté, siñora; jué un pronto; y ya no tié remedio.

LA MARQUESA. Mire usted, Julio, este es el padre de Pedro.

JULIO. Lo he supuesto.

EL TÍO GAÑOTE. Y este siñorito *(Por Julio)*, a lo que se ve, será el que se va a juñil con la siñorita Laura.

JULIO. En efecto; sí, señor.

EL TÍO GAÑOTE. Que sea pa bien; que sí será.

EL MARQUÉS. ¿Y has visto a Pedro?

EL TÍO GAÑOTE. No, señor. Fuí al cuartel, pregunté por el inginiero. Me preguntaron si era de Zarrapaderos y miradores o de Telegráfos, y en otra puerta me igieron que nu iba hasta la noche, y me hi güelto. Tenía también ganicas de velos a ustés.

LA MARQUESA. ¿Y pensáis deteneros mucho?

EL TÍO GAÑOTE. Poca cosa. Ver a Pedro, y a casica.

EL MARQUÉS. Pues yo me alegraría de que pasasen unos días con nosotros. Además, si Ribazo se ha de casar...

RIBAZO. Casame, sí. Pero eso es lo de menos. Yo me caso lo mesmo aquí que en metá e la carretera, si sale un cura que nos bendiga.

EL MARQUÉS. No te preocupes, María. Estarán aquí lo que yo disponga.

EL TÍO GAÑOTE. Si usted lo manda...

EL MARQUÉS. Lo mando y lo deseo.

EL TÍO GAÑOTE. Güeno. Pus pasaremos aquí un par d'años.

LA MARQUESA. *(Riendo.)* Siempre el mismo.

EL TÍO GAÑOTE. Genio y fegura...

EL MARQUÉS. Vamos, María, y hablaremos con Gañote.

EL TÍO GAÑOTE. Como usté quiera.

EL MARQUÉS. Laura, dame esa carta.

LAURA. *(Dándole la de Pedro.)* Toma.

EL MARQUÉS. *(A Ribazo.)* Tú, Ribazo, puedes entrar.

RIBAZO. Yo m'estaré por la cocina, que también tengo que charral con mi futuria.

MARÍA. Como quieras.

RIBAZO. *(Al irse.)* Si juá yo Pedro, ya le arreglaría yo a este moñaco. *(Por Julio.) Vase.*

LAURA. Nosotros nos quedamos aquí.

LA MARQUESA. Sí, porque algo tendréis que deciros...

JULIO. Lo de siempre.

EL TÍO GAÑOTE. Los enamoraus no pierden ripio.

LAURA. La rutina...

EL MARQUÉS. Vamos.

Vase la Marquesa por izquierda, segundo, seguida de Gañote y el Marqués, y éste, al entrar y dando un golpe en el hombro a Gañote, dice:

EL MARQUÉS. ¡Qué tiempos, Gañote; qué tiempos!

(Mutis. Quedan Laura y Julio sentados a la derecha, frente al publico, en el sofá.)

LAURA. ¿Qué piensas hacer, Julio?

JULIO. Hablar con ese Pedro, tratar de convencerle, y si se obstina en mortificarte...

Se ve aparecer por la izquierda del pasillo de cristales a Pedro, el cual avanza; a mitad del pasillo se para, mira a Laura y a Julio con cólera; se decide, vuelve a avanzar y llega a la puerta chaflán; se para de modo que le vea el público, y escucha lo que dicen Julio y Laura, que no le ven.

LAURA. Creo que el resultado será un disgusto para todos. Hasta cierto punto tiene razón Pedro; fué muy cruel lo que con él hice. *(Suspira fuerte.)*

JULIO. Veremos cómo se presenta... ¿Por qué suspiras?

LAURA. Porque... porque Pedro es muy tozudo y, desdeñado, será capaz de todo.

(Al oír esto Pedro, sonríe con amargura, asintiendo con la cabeza.)

JULIO. Yo sabré detenerle; y en último caso, si no hay otro remedio, le aplastaré.

PEDRO. *(Con calma:)* Si antes no le aplasta él a usted.

Al oír la voz se levantan con gran sorpresa Laura y Julio.

LAURA. *Muy emocionada.* ¡Pedro!

PEDRO. Sí, señorita. Pedro, el mismo.

LAURA. ¿Por dónde has entrado?

PEDRO. Por el jardín. Pero perdone usted, señorita; tengo que contestarle a este caballero. *(Por Julio.)*

JULIO. Usted dirá.

PEDRO. Decía usted que me aplastaría, y eso no es tan fácil como usted supone. Pudo una mujer jugar con mi cariño y destruir mi felicidad; pero la quería yo mucho y era al fin una mujer. Pero ¿un hombre llegar a mí y aplastarme?... Eso no. La mujer amada es dueña de la energía y de la vida del hombre; tanto, que la damos el corazón, lo pisotea y callamos. Pero para un hombre hay otro hombre; para una voluntad, otra voluntad. Venga usted, pues, a aplastarme; lo espero, lo deseo, para hacerle a usted polvo entre mis manos, no por el afán de causarle a usted daño, que ningún mal me hizo; sí por el placer de que no goce usted con lo que sólo a mi me pertenece.

LAURA. Pedro, yo te suplico por el cariño que me tuviste...

PEDRO. Por el que hoy te tengo, porque de no amarte, no estaría aquí.

JULIO. *(A Laura.)* No ruegues. Tu intervención no es necesaria. Tiene razón Pedro. Dos hombres frente a frente se encuentran disputándose el cariño de una mujer. El tiene razón; la tuvo, mejor dicho; pero hoy es una locura lo que intenta, y yo debo oponerme y defender mi si-

tuación. *(A Pedro.)* Esta señorita va a pertenecerme. Lo que contra ella se intente, se intenta contra mí.

Aparece Ribazo en la puerta chaflán de modo que le vea el público y se queda parado al ver la escena, sin ser visto por los demás.

Persiste usted en su empeño, y no es aquí donde debemos estar. Salgamos.

En tono de desafío y avanzando Julio hacia la puerta chaflán, donde le sujeta Ribazo por un brazo.

RIBAZO. *Sujetando a Julio.* Con mí, señorito; con mí.

PEDRO. *Que iba a salir detrás de Julio al ver y oír a su hermano.* ¡Hermano mío! ¿cómo tú aquí?

RIBAZO. *Con naturalidad, pero sin soltar a Julio.* Pus por qui vinío.

JULIO. *A Ribazo.* Con usted no tengo nada que arreglar. *Le suelta Ribazo.*

RIBAZO. Sí, siñol. Mi helmanico tié que cumplir con el Ray y yo no tengo que cumplir con naide.

LAURA. ¡Dios mío!

PEDRO. *A Ribazo.* Déjame. Yo solo me basto...

RIBAZO. Ya lo sé. Era porque no t'emporcaras tú ese trajecico tan majo. *Por el uniforme.*

JULIO. Terminemos esta situación. Salgamos.

PEDRO. Sí, salgamos.

LAURA. No lo consentiré.

PEDRO. *A Julio.* ¡Qué envidia le tengo a usted! Teme Laura por usted; no por mí. Eso prueba que le quiere; pero usted, señor, no puede quererla tanto como yo; no, no puede. *Se limpia una lágrima con la mano.*

JULIO. ¿Llora usted, Pedro?

RIBAZO. ¡Ridiós! ¡Lloral un baturro!...

PEDRO. No lloro de miedo.

JULIO. Ni yo lo sospecho. Al contrario; y debo advertirle noblemente una cosa. Si Laura le quisiera, de buen grado renunciaría yo a su mano, por tener usted mejor derecho; pero Laura ni le quiere ni le quiso jamás; fué una ligereza su conducta y usted debe perdonarla, porque era una niña; quererla como a una hermana... y a mí como a un buen amigo. Si reñimos y vence usted, no conseguirá su amor con ello. Medítelo con ánimo sereno, usted que tanto ha sabido sufrir.

Durante estos parlamentos, Laura tiene que decirlo todo con el gesto y la mirada, unas veces de lástima hacia Pedro, otras llorosa, y cubriéndose el rostro con el pañuelo; otras cerca de Ribazo, suplicante, creyendo que puede intervenir.

PEDRO. Sufrí y resistí porque la esperanza me sostenía; hoy que la veo perdida para siempre... no podré soportar la pena. ¡Sean ustedes felices... ya que no me verán más!.. Adiós. *Va a salir Pedro de prisa, pero lo detiene Ribazo.*

RIBAZO. Aguarte, hombre, que si vas tan a prisa te pues cail.

LAURA. *Deteniendo a Pedro.* Pedro, espera, aguarda...

PEDRO. Déjeme usted, se lo ruego. Cuando vaya usted a la torre, acuérdese del pobre Pedro, *Esto lo dice casi al oído de Laura y con mucha dulzura.* de su hermanito, de aquel pobre muchacho que usted educó, y que la seguía como un corderillo; que vivía sólo para usted...

Queda Laura llorosa y se separa Pedro como marchando y se para a la voz de

JULIO. No, Pedro. ¿Qué va usted a hacer? Si fuerte y valiente fué usted hasta hoy, fuerte debe seguir.

RIBAZO *Afligido y con toda la fe de su alma baturra.* ¡Recontra, pártansela ustés pa los dos!

PEDRO. No se empeñen. Inútil será que...

LAURA. Espera un instante. *Llamando por la izquierda.* Papá, tío Gañote...

PEDRO. ¿Mi padre aquí?

LAURA. Aquí, y sería en ti una crueldad ir a morir sin despedirte del pobre viejo.

EL MARQUÉS. ¿Qué ocurre?

EL TÍO GAÑOTE. ¡Pedro, jomío!...

PEDRO. ¡Padre de mi alma! *Se abrazan.*

EL MARQUÉS. Pero, Pedro... ¿qué pasa?

PEDRO. Que no es posible vivir como yo vivo.

EL TÍO GAÑOTE. Pero ¿no se casa la señorita Laura con quien ella estima...? ¿Ella no está contenta...? Pues tú tiés que alegrate con su alegría, sin alcordate de lo que jué una soñera. Morir, no, jomío. Tiés a este probe viejo que te quié mucho.

LA MARQUESA. ¿Qué pasa? ¿Este es Pedro? *Señalándole.*

EL TÍO GAÑOTE. Pedro, señora.

LA MARQUESA. Guapo mozo.

EL MARQUÉS. Y con un corazón digno de mejor suerte.

PEDRO. Por eso, como para nada me sirve, voy a entregárselo a las balas. Adiós, padre mío. Adiós, señor marqués. Señorita Laura... adiós. *Va a salir Pedro, y Laura le detiene resueltamente.*

LAURA. ¡No! Espera... Espera... No creí verte más. Siempre consideré un sueño lo pasado. Tu presencia hace revivir en mi alma las plácidas tardes de las bromas de niña y las torna en realidades. Julio: antes dijiste que si yo amaba a Pedro tú renunciarías a mi mano. Padre: hace

un año me dijiste: «Si quisieras a Pedro, con él te arrodillarías ante mí, no pidiendo perdón, porque amar no es delito; sí pidiendo que os bendijera yo». Pues, oídlo todos bien: el corazón de Pedro es mío; yo lo reclamo... ¡Y el mío es suyo!.. *Abrazando a Pedro apasionadamente.*

PEDRO. *Con alegría.* ¡Laura, Laura mía!...

RIBAZO. *Aparte.* ¡Bah! ¡Ya s'han apañau!

LAURA. ¡Tuya, Pedro, tuya! Que un corazón como el tuyo, aunque lo envuelva un humilde traje de soldado, es un inmenso tesoro de amor.

RIBAZO. Así está bien. Alguna vez s'ha de casal un probe con una rica. Polque tan güenos, tan honraus y tan hombres semos los probes como los ricos. *A Luisa.* Tú, mañica, a casanos ahura mesmo. Dimpués, a la posá del Peine a pasal la Nochegüena.

LUISA. La Nochebuena ya ha pasado.

RIBAZO. P'autros habrá pasau, pero pa tú y pa mí... *A Julio.* Y usté, señorito, s'ha quedau compuesto y sin novia. Pero confórmese, porque...

No hay querel como el primero,
aunque empiece por jugal,
que el querel que empieza en broma
acaba siendo verdá.

Ribazo abraza a Luisa, Laura a Pedro, el Marqués, a la Marquesa. Quedan Julio pensativo y Gañote risueño, y desciende el

TELON

Debe quedar aquí consignada la profunda gratitud de los autores de esta comedia no sólo al director de la compañía que la ha estrenado, señor Portes, sino también a las celebradas artistas Elvira Pacheco, Fraternidad Lombera, Carmen Alcalá, Elvira Pardo y Angelita Cantos, así como a los Sres. Carmona, Valero, Pastor, Abad y Méndez, por el esmero y el cariño que han puesto en la interpretación de sus respectivos personajes.

LIBROS DE JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Cosas, poesías y artículos, prólogo de Taboada.
Desafinaciones, poesías, prólogo de Vital Aza.
Gárgaras poéticas, poesías, prólogo de Sinesio Delgado.
Guasa viva, prólogo de *Clarín* y epílogo de Luceño.
Pampiroladas, poesías.
Piruetas, poesías y artículos.
Zuñigadas, poesías.
Cosquillas, verso y prosa, prólogo de Peña y Goñi.
Cocina cómica, recetas y otras cosas.
Confetti, menudencias en verso.
Galimatías, artículos cómicos.
Guía cómica de San Sebastián.
Música ratonera, poesías escogidas.
Paella festiva, versos.
Viajes morrocotudos (4 jornadas, 7.ª edición).
Camelario zaragatono.
Amantes célebres puestos en solfa. (Edición ilustrada.)
Tipos raros, artículos festivos.
Doña Tecla en Pomotú, aventuras novelescas.
Sin pies ni cabeza, artículos y poesías.
Villapelona de Abajo, cuentos breves.
Seis días fuera del mundo, viaje involuntario.
Chapucerías, poesías cómicas.
Buen humor, artículos cómicos.
Cuentos embolados, festivos, por supuesto.
Coplas de sacristía, versos humorísticos.
Pura broma, artículos amenos.
La soledad y *El cocodrilo*, cuentos.
Alma guasona, prosa festiva.
Cuatro cuentos y un cabo, prosa festiva.
Historia cómica de España (en colaboración con otros autores).
Entre la guerra y la paz, novela corta.
Los hígados, novela corta.
El nacimiento del conde, cuento.
Humorismo rimado, poesías.

EN PREPARACIÓN

Corazón de platino, cuento.
El chápiro verde, novela.
Burladero literario, poesías taurinas.
La familia de Noé.
Arte de hacer curas.

OBRAS LITERARIAS DE PÉREZ ZÚÑIGA

La manía de papá, juguete cómico. (Teatro Lara.)
¡Felicidades!, juguete cómico. (Teatro de la Comedia.)
El señor Castaño, zarzuela (1). (Teatro de Maravillas.)
¡Viva la Pepa!, zarzuela (2). (Teatro de Variedades.)
Los tíos, zarzuela (3). (Teatro de Apolo.)
El quinto cielo, zarzuela (4). (Teatro Felipe.)
El pasmo de Cecilia, zarzuela (5). (Teatro Martín.)
A las dos de la mañana, zarzuela (4). (Teatro de Maravillas.)
Las goteras, zarzuela (4). (Teatro Martín.)
El traje de gala, zarzuela (4). (Príncipe Alfonso.)
La lucha por la existencia (6). (Teatro Eslava.)
El salvavidas, juguete cómico. (Teatro Lara.)
La india brava, zarzuela (7). (Príncipe Alfonso.)
El mártir de las veladas, monólogo. (Teatro Lara.)
El gabán de pieles, juguete cómico. (Teatro Lara.)
La chica de la portera, pasillo (5). (Teatro de la Zarzuela.)
La gente del patio. zarzuela (4). (Teatro de Maravillas.)
La Mallorquina, zarzuela (8). (Teatro de la Zarzuela.)
La gloria, juguete cómico. (Teatro de la Comedia.)
El portal de Belén, entremés. (Salón Venecia.)
El cuarto alegre, zarzuela (9). (Teatro de la Ciudad Lineal.)
El néctar de los dioses, opereta (10). (Gran Teatro.)
Bronquitís aguda, pieza cómica. (Teatro de la Comedia.)
Descanso dominical, juguete cómico.
Muerte y dulzura o El merengue triste, sainete. (Princesa.)
Los de la burra, humorada. (Teatro Cómico.)
Por jugar con el amor, comedia en tres actos.

OBRAS MUSICALES

Los cangrejos (pasodoble para andar hacia atrás).
El Liberal (pasodoble para piano y para banda).
¡Buena suerte! (ídem íd.).
La procesión del pueblo (marcha muy seria).

---

(1) Música de Blasco y Ovejero.
(2) Idem de Justo Blasco.
(3) Idem de Julio Ruiz.
(4) Idem de Quijano y Zúñiga.
(5) Idem de Caballero.
(6) Idem de Valverde y Mateos.
(7) Idem de Valverde (hijo).
(8) Idem de Jerónimo Giménez.
(9) Idem de Pérez Zúñiga.
(10) Idem de Paul Rubens.

Obras estrenadas de Manuel de L'Hotellerie

El Huérfano... monólogo en verso.
Dos héroes y un traidor. Drama en un acto, en verso.
Todo por España. Entremés en verso y prosa.
Los Hambrientos. Humorada lírica en un acto.
Amor y poesía. Comedia en un acto, premiada.
El vestido blanco. Cuento dramático. Verso y prosa.
Benavente. Diálogo en prosa.
La muñeca de mamá. Monólogo infantil.
... Y el que no lo baila un tonto. Humorada en un acto.
Atanajildo el bruto. Opera bufa en un acto.
La mejor venganza. Comedia en un acto.
Constancia de amor. Zarzuela en un acto.
Soy una niña. Monólogo infantil.
La cadena de oro. Entremés.
A orillas del Ebro. Zarzuela en un acto.
A orillas del Manzanares. Segunda parte de la anterior.
El amor mata. Boceto de drama.
El Matraco. Zarzuela en un acto.
El Conde de Barcelona. Drama en tres actos.
Serpentinas y confetti. Zarzuela en un acto.
A pasar el veranico. Entremés baturro.
Entre flores. Diálogo andaluz.
Los de la burra. Humorada en un acto.
De Madrid a la Gloria. Zarzuela en un acto.
Aurora o Estaba escrito. Comedia en cuatro actos.
Por jugar con el amor. Comedia en tres actos.

4665

Precio: 3 PESETAS

Imprenta Clásica Española. Madrid.